

Reseñas de libros

I. EDICIONES Y TÉCNICA FILOLÓGICA

MARSHALL, P. K.—*The Manuscript Tradition of Cornelius Nepos*. University of London, Institute of Classical Studies, 1977, Bulletin Supplement 37, IX + 76 pp., 2 láms.

P. K. Marshall, editor impecable e infatigable de textos, nos ofrece en este breve libro una nueva muestra de su labor al ocuparse de una de las tradiciones más interesantes y no por la limitación de datos menos intrincada de entre las de los clásicos latinos, tanto más cuanto que ha recibido hasta el momento actual una atención continua y nunca menguada. El proceso que ha llevado al autor a enfrentarse a su tema nos es precisado en una introducción que, directa y concisamente, nos pone en antecedentes de su objetivo de desbrozar un camino ante la posibilidad de una simplificación de los problemas del texto de Cornelio Nepote, si son analizados en profundidad.

Los doce capítulos que siguen son el ejemplo de lo que puede conseguirse mediante un estudio minucioso, acompañado de una mesura extraordinaria en la erudición de fondo que en forma modélica, y siguiendo en ello la norma que ha caracterizado a la tradición filológica inglesa, consigue ofrecer al lector todos y cada uno de los datos necesarios sin añadir ni un sólo ápice de documentación innecesaria. El resultado es una pequeña obra maestra que llega a conseguir incluso mantener un cierto «suspense», valga la expresión, en el lector que, sin sombra de esoterismo, sigue un razonamiento límpido hasta las once líneas de conclusión, seguidas por un *stemma*.

El capítulo primero incide en el tema de la tradición antigua de Nepote, para la cual disponemos de elementos de juicio relativamente limitados y algunos de ellos con tantas dificultades como es el caso de Ampelio, o el de la atribución a Emilio Probo de una parte de la obra a causa de una confusión originada por una suscripción de un manuscrito, o, incluso en menor grado, su uso indudable por el compilador de los *Scholia in Ciceronis Orationes Bobiensia*.

El segundo capítulo nos ofrece ya una novedad, puesto que consigue P. K. Marshall probar de forma fehaciente la modernidad de los llamados *excerpta Patavina* que, de dataciones que llegan a remontarse al siglo IV, quedan situados en el siglo XV, dado que presentan toda la serie de errores típicos de los mss. de este período que permiten suponer precisamente un texto de base de este mismo siglo.

Los siglos XII y XIII son el objeto del tercer capítulo, donde se evidencia con claridad lo engañoso de los testimonios de esta cronología, corruptos o bien *netamentein* directos.

El cuarto capítulo trata de uno de los elementos fundamentales de la tradición nepotiana: el ms. perdido que parece haber pertenecido a Pierre Daniel y cuyos reflejos actuales están contenidos en la edición de Frankfurt de 1608 y en las obras críticas de Gifanius, singularmente su edición de Lucrecio (1566) y sus *Observationes* (1624). La posibilidad de la existencia de un ms. propiedad de Gifanius, distinto del de Daniel aunque copia del mismo, es estudiada con minucias; en la nota 11, a raíz de este problema, nos da el autor una prueba de su rigor al recoger la hipótesis de C. Griffiths que rompe parcialmente con su propia explicación.

El capítulo quinto está íntimamente ligado al anterior, puesto que establece una lista de lecturas atribuidas al manuscrito de Daniel (*Dan.*) por los editores que son evidentemente errores o malinterpretaciones.

La edición de Utrecht de 1542 (*u*) es estudiada en el sexto capítulo, y la conclusión es extremadamente prudente al señalar la escasez de lecciones remontables con seguridad, sin coincidencia de al menos *L* o *P*, a *Dan.* (o *Gif.*), al que sin embargo parece haber tenido acceso el editor de *u*.

El capítulo séptimo se ocupa del *codex Monacensis* 88 (*M*) utilizado por los editores y del que prueba que no es otra cosa que una copia de la *editio princeps* y por tanto sus lecciones no pueden ser usadas como evidencia, lo cual no ha dejado de hacerse, y su eliminación por parte de los futuros editores es insoslayable.

El perdido *codex Pacensis* (*P*), destruido en 1914, es analizado en el capítulo octavo para llegar a la conclusión de que se trata de una copia directa de *Dan.*

En el capítulo noveno se tratan las cuestiones textuales referentes al *codex Leidensis* (*L*) que aparece también como copia directa de *Dan.* independiente de *P*, así como de ambos lo es *u*. Contiene este capítulo una aportación fundamental de P. K. Marshall: la identificación del códice original en la Biblioteca Universitaria de Leiden (B. P. L. 2011, del siglo xv) que permite prescindir de la edición estrasburguesa (1640) de J. H. Boekler y de la controversia sobre la existencia o no del códice sobre el cual dice basarse.

El capítulo décimo está dedicado al códice de Wolfenbüttel (*Guelf. Gud. Lat.* 166) (*A*) para el que presenta también nuevas apreciaciones críticas, puesto que, pese a su antigüedad (siglo xii) y su importancia posterior —es la fuente de los *Itali* del siglo xv—, no resulta ser copia directa de *Dan.*, sino que parece haber existido un intermediario que el editor llama θ . Su importancia para la propagación de la obra de Cornelio Nepote es sin duda alguna grande, y precisamente sus desplazamientos y la cronología de los mismos son puntos capitales que se estudian en el capítulo siguiente.

Como tantas obras de los clásicos, la obra de Nepote inicia su difusión con posterioridad a 1431, inicio del Concilio de Basilea y precisamente con motivo del mismo. Mantiene el autor la presencia física de *A* en Italia y prueba de forma clara dos hechos decisivos: que no hay lección alguna en los *Itali* del siglo xv que no pueda haber derivado de *A* y, por otra parte, que ciertas particularidades de dichos textos pueden ser tan sólo explicadas por la apariencia física de *A*. El segundo de estos aspectos incluso le permitirá identificar dentro de los mss. más representativos de los *Itali* al menos dos familias bien definidas, la segunda de ellas mucho más corrupta en su dependencia de *A*; la explicación de doce

puntos en que esta última familia parece poder coincidir con *L* y *P* frente a *A* viene a comprobar de forma ya exhaustiva sus razonamientos.

La conclusión que ocupa el capítulo doce está ya implícita en cuanto acabamos de decir. Sin embargo, no es ocioso recoger sus aspectos geográfico y cronológico: *Dan.*, de acuerdo con los errores de transcripción de *L* y *P*, parece no ser más antiguo del siglo XII, del cual se copiará *A* en Francia dentro de la segunda mitad del siglo; este último pasará a Italia en el XV y dará origen a los *Itali*, mientras que *Dan.* estará en algún punto a orillas del Rin, posiblemente los Países Bajos, a mediados del mismo siglo XV y dará lugar a *L* y a *P* y más tarde a *u* (1542).

No se puede pedir más claridad en las conclusiones ni más rigor para llegar a las mismas. Pero todavía nos ofrece algo más el autor: el inventario de los mss. conocidos de Cornelio Nepote con una breve pero completa descripción donde no se dejan de hacer observaciones importantes, como por ejemplo la referente al *Scorialensis* O.1.10, en la que también se hace sentir la presencia de *A. della Mare*.

No podemos, pues, cerrar esta reseña sin manifestar nuestro deseo de ver pronto materializadas en una edición estas conclusiones en la seguridad de que el aparato crítico reflejará las intenciones de P. K. Marshall al iniciar un trabajo, que marca un hito no sólo para Cornelio Nepote sino para los estudios de crítica textual latina.

M. MAYER

WISTRAND, ERIK.—*The so-called Laudatio Turiae. Introduction, Text, Translation, Commentary by*, Lund, Acta Universitatis Gothoburgensis, 1976, 79 pp. + 7 láms.

La historia de la edición de la famosa *laudatio uxoris* conocida tradicionalmente como *laudatio Turiae* (CIL VI 1527, 31670, 37053) puede resumirse actualmente en sus momentos cruciales, en los estudios y ediciones de Th. Mommsen, 1863 (*Abh. d. Königl. Akad. d. Wiss. zu Berlin*, pp. 455-489); Fr. Vollmer, 1892 (*Laudationum funebrium Romanorum historia et reliquiarum editio, Jahrbücher für klass. Philologie*, Suppl. 18, Leipzig); M. Durry, 1950 (*Eloge funèbre d'une matrone romaine [Eloge dit de Turia]*, París, Coll. Budé); A. E. Gordon, 1950 («A new fragment of the *laudatio Turiae*», *AJA* 54, 1950); F. Della Corte, 1950 y 1951 (*GIF* 3, 1950, p. 146 ss.; 4, 1951, p. 226 ss.). A estos trabajos hay que añadir otros varios, que podrían hacer pensar en la inutilidad de una nueva edición, en especial a partir de la magnífica con comentario de Marcel Durry. Sin embargo, la edición de Erik Wistrand supone un avance en más de un aspecto fundamental.

En efecto, Wistrand ha llevado a cabo su empresa en unas condiciones incomparablemente mejores que Durry, el mérito de cuya obra reconoce con admirable gratitud. En primer lugar, ha podido obtener y publicar fotografías de los extensos fragmentos de la inscripción conservados en la Villa Albani de Roma, con un permiso de la Amministrazione Principe Torlonia, que anteriormente había sido denegado a Durry. Por otra parte, pocos meses después de la aparición de la edición Budé de éste, publicaba A. E. Gordon un pequeño fragmento nuevo,

con sólo 20 palabras, pero fundamental porque ofrecía las líneas II 1-9 completas, dando seguridad por tanto sobre la extensión real de las mismas, gran auxiliar para la reconstrucción de las inscripciones, con una laguna vertical en el medio.

Tras una interesante explicación de los distintos problemas de la edición, que no procede reproducir aquí (cf. pp. 9-16), Wistrand ofrece una edición bilingüe latino-inglesa, con un texto basado en la de Mommsen (y en la de Durry), al que se añaden unas pocas diferencias, según él mismo precisa (p. 12); tales divergencias son notadas en el aparato crítico. Hay que señalar igualmente, en la Introducción, las importantes referencias sobre el empleo de *apices* y de *I longae* para notar las vocales largas, pero «in a rather inconsistent fashion —and sometimes incorrectly» (p. 13), así como las tocantes a la separación de palabras (p. 14).

La labor de editor, incluidas las lecturas nuevas en una docena más o menos de casos, es realmente satisfactoria y convincente. Lo mismo puede decirse de la traducción inglesa y del magnífico comentario filológico (pp. 32-76), que completa y supera en más de una ocasión al de Durry. Cierran el conjunto un *Index rerum et verborum* (pp. 77-78) y un *Index locorum* (p. 79). Por último, las realmente magníficas fotografías de la totalidad de los fragmentos de la inscripción hacen que por primera vez pueda consultarse con toda comodidad la *laudatio* en su forma epigráfica.

En suma, una edición magnífica, convincente, utilísima, sobre tan precioso y agradable documento, verdadero monumento a la mujer romana. Sin embargo, no cumpliríamos totalmente nuestra labor de juez sin señalar algunas deficiencias, en nuestra opinión. Fundamentalmente, es de lamentar que en la página latina del texto, concebida como una edición clásica canónica, se hayan incluido ciertos términos ingleses, como *Text*, *Heading*, *Left-hand column* (p. 18), *Right-hand column*, *Several lines missing* (p. 22), etc.; y más aún, que en el bien concebido aparato crítico se den indicaciones en inglés a partir de la p. 24. No menos criticable es que, tras el trabajo de Durry, y admitiendo como se hace, incluso con insistencia, que es más que arbitrario identificar a la mujer encomiada con Turia, la esposa de Quinto Lucrecio Vespilo, se titule la presente edición *The so-called Laudatio Turiae*; comprendemos que no es fácil encontrar un sustituto convincente del nombre tradicional (¿podría valer *Laudatio incertae uxoris*, o algo por el estilo?), pero pensamos que habría que intentar subsanar ese error de la tradición, heredado de Mommsen, pero ya corregido por Durry. Pese a estas notas, insistimos que, según nuestro parecer, Wistrand presenta en este volumen la mejor edición de la *laudatio*, un texto latino que merece la pena leer.

ANDRÉS POCIÑA

LEOPARDI, GIACOMO.—*Fragmenta Patrum Graecorum. Auctorum Historiae Ecclesiasticae Fragmenta* (1814-15). A cura di CLAUDIO MORESCHINI, Firenze, Felice Le Monnier, 1976, LI + 812 pp.

Moreschini nos presenta en este grueso volumen la edición de escritos inéditos y raros del gran filólogo italiano G. Leopardi. El carácter misceláneo y un tanto farragoso de esta colección de apuntes no queda del todo superado por la unidad temática que los sitúa de lleno en el ámbito de la literatura cristiana

antigua. Tras una introducción del propio Moreschini (pp. XI-I, I), sigue, por orden alfabético, la colección de fragmentos de los Padres del siglo II y los testimonios de los autores antiguos sobre los mismos desde Abercio hasta Judas en el primer tomo (pp. 1-385) y desde Justino a Zaqueo en el segundo (pp. 421-665) [se respeta en todo, salvo en casos de grafía anacrónica, el texto y las divisiones que se encontraban en los apuntes de Leopardi].

A continuación de cada uno de estos dos tomos sigue una colección de variantes y conjeturas extraídas de algún códice, de editores anteriores y críticos de las obras por él estudiadas. Aunque constituye un esfuerzo de crítica textual rudimentaria, la utilidad es muy pequeña por cuanto apenas se distingue entre variantes de los manuscritos y conjeturas de los editores, y a veces incluso no queda clara la distinción entre éstas y las conjeturas del propio Leopardi.

Siguen una serie de apéndices de contenido dispar (pp. 689-705), desde la transcripción diplomática de un códice de la colección Barberini, que contiene parte del discurso de Basilio de Cesarea a los jóvenes sobre el uso que deben hacer de la literatura griega clásica, hasta materiales suplementarios al códice pseudoepigráfico y apócrifo del Antiguo y Nuevo Testamento de G. A. Fabricio.

La segunda obra de Leopardi editada aquí (*Auctorum Historiae Ecclesiasticae Fragmenta*) y compuesta en 1815 es de proporciones más reducidas (pp. 721-767) y se refiere a algunos escritores griegos de historia eclesiástica de los siglos V-VI: Filón el Retórico, Felipe Sidete, Hesiquio de Jerusalén, Teodoreto, Juan Diacrinómeno, Basilio de Cilicia, Teodoro Lector y la *Historia Eutimiana*. Siguen todavía algunos apéndices del propio Leopardi (pp. 773-777) y por fin los índices generales (pp. 785-808) a toda la obra que constan de: a) índice de citas de los autores antiguos y b) índice de las ediciones de textos citadas por Leopardi con mayor frecuencia. Este último, sobre todo, es un reflejo del estado en que se encontraba la crítica textual de los Padres de la Iglesia en el siglo XVIII: allí figuran como editores Fabricio, Grabe, Montfaucon, Cotelier, Tillemont, Mabillon, Sirmond, Mingarelli... y tantos otros que hicieron posible la publicación de la *Patrologia Graeca* de Migne. La mayoría de esas ediciones incorporadas en Migne no han sido aún sustituidas por ediciones críticas modernas.

En definitiva, el principal interés de esta publicación es el histórico, por cuanto es un buen exponente del estado en que se encontraba la filología patristica en el primer tercio del siglo XIX. Tal vez algunas discusiones como las dedicadas a Clemente y las *Pseudoclementinas*, a Ireneo o a Justino puedan todavía servir a modernos editores para la solución de puntos concretos. Por otra parte, la finalidad que se propone Moreschini al editar estos apuntes es la de dar a conocer la obra de Leopardi dentro de su ámbito cultural. Si alguien quiere utilizar estos escritos con otros fines tendrá que completarlos con las modernas ediciones de los autores allí citados y con los manuales y estudios de la literatura cristiana antigua publicados desde entonces, puesto que Moreschini confronta en la introducción sólo de pasada los resultados de investigaciones más recientes como las de Harnack o Bardenhewer con los escritos del filólogo italiano. Con todo, la obra de Leopardi, situada en su contexto histórico y cultural, sobresale por su abrumadora erudición y manejo de las fuentes antiguas y podemos constatar cómo muchas de sus aportaciones no han sido todavía superadas: de autores como Milcíades, Musano, Modesto, Agripa, Cástor, Narciso, Palmas, Claudio, Apolinar, Atenógenes, Cándido, Sexto, por citar sólo algunos, no dice mucho más una patrología

moderna como la de Altaner-Stuiber o la de Quasten de lo que escribía Leopardi a comienzos del siglo XIX.

N. FERNÁNDEZ MARCOS

CORIPPUS, FLAVIUS CRESCONTIUS.—*In laudem Iustini Augusti minoris libri IV*. Edited with translation and commentary by AVERIL CAMERON. University of London, The Athlone Press, 1976, X + 224 pp.

Desde la magnífica *editio princeps* del español Ruiz de Azagra (1581), pocos estudiosos se han ocupado de la obra menor de Coripo. En efecto, hasta el último cuarto del siglo pasado no se hicieron claros progresos sobre la edición de Azagra con las apariciones de las ediciones de Patsch (*Corippi Africani grammatici libri qui supersunt*, rec. Iosephus Patsch, Berolini, 1879 en *M. G. H. auct. ant.* III 2) y de M. Petschenig (*Flavii Cresconii Corippi Africani grammatici quae supersunt*, rec. M. Petschenig, Berolini, 1886, en *Berliner Studien*, IV 2). Posteriormente, pocas aportaciones se han sumado al texto de Coripo, salvo los artículos de Shackleton Bailey (*CPh* 50, 1955, pp. 119-124), de F. R. D. Goodyear y J. Diggle («More Notes on Corippus», *BICS* 16, 1969, pp. 26-27) y el de Alan y Averil Cameron («Textual Notes on Corippus, *In laudem Iustini minoris*», *Latomus* 35, 1976, pp. 404-415). La edición de Domenico Romano (*In laudem Iustini*, Hermes, collana di testi antichi, Palermo, 1970) no aporta nada al texto, fiel a la edición de Patsch. Mas, en medio de la escasa atención prestada a la obra de Coripo, han aparecido casi simultáneamente dos libros sobre él: un extenso comentario de Ulrich Iustus Stache (*Flavius Cresconius Corippus, In laudem Iustini Augusti minoris. Ein Kommentar*. Verlag Nikolaus Mielke, Berlín, 1976, 637 pp.) y la edición de Averil Cameron, objeto de la presente reseña.

Consta la edición de una introducción (pp. 1-25), del texto (pp. 26-84), de la traducción (pp. 85-117) y del comentario (pp. 118-211).

La introducción es clara y concisa, si bien me parecen incompletas las partes dedicadas a prosodia y versificación (pp. 17-20) y a la tradición manuscrita (pp. 20-24). Todavía se echa en falta un estudio exhaustivo de los rasgos prosódicos «anormales» (porque se apartan de la norma clásica), que aparecen en el texto de Coripo (y otros autores tardíos); es indispensable interpretar, con criterios uniformes, pasajes «sine metri ratione». En lo que respecta a la tradición manuscrita, no se encuentra la referencia al *Vatican. Ottob. lat.* 2013, f. 84^r, que contiene los versos 271-288 del libro III.

El texto, al que se han incorporado los avances de los artículos y ediciones antes citados, plantea no pocos problemas, tratándose de una nueva colación del *Matritensis BN 10029*, ff. 17^r-51^r. He encontrado algunas divergencias entre el manuscrito y la edición de Averil Cameron. Enumero, como muestra, algunas de los dos primeros libros:

Matritensis 10029

Pan. An. 30 quia
I 53 est *M*²: et *M*¹
59 miratur

Averil Cameron

quod
est *Ritt.*: et *M*
miratus

94 senectus	<i>sin citar</i>
157 creberat	creverat
165 <i>supposita</i> = superposita	supposita
182 senis (<i>cum s postrema crasa</i>)	<i>sin citar</i>
235 et <i>M</i> ¹ : est <i>M</i> ²	et <i>M</i>
238 quia	quod
308 quo <i>M</i> ² : qs <i>M</i> ¹	quod <i>in quo mutatum</i>
330 pleni <i>M</i> ¹ : plenis <i>M</i> ²	pleni <i>Petschenig</i>
II 6 nisi	(<i>ni M es conjetura de Azagra</i>)
41 seruire <i>M</i> ² : seuire <i>M</i> ¹	seruire <i>Ruiz</i> : seuire <i>M</i>
56 foeta	freta
63 auxiliiumque <i>M</i> ²	<i>sin citar</i>
96 germina	<i>sin citar (lee gramina, como Azagra y demás editores)</i>
124 tribuit	<i>sin citar (lee praebuit, como Azagra y demás editores)</i>
131 inpositus collo <i>M</i> ² : inpositum collo <i>M</i> ¹	inpositi <i>in M</i> ¹ : inpositus <i>M</i> ²
132 ter et <i>M</i> ¹ : terret <i>M</i> ²	ter ter (<i>como Azagra y demás</i>)
237 uestri <i>M</i> ¹ : uestrie <i>M</i> ² // discite <i>M</i> ¹	uestri <i>M</i> ² : uestris <i>M</i> ¹ // discite <i>M</i> ²
251 teneantur abore	<i>sin citar</i>
324 fletere	<i>sin citar</i>
354 Kalendarum	<i>sin citar</i>
377 longaque labore	longoque labore
382 pateri qui <i>M</i> ²	patri qui <i>M</i>
400 qua	qui (<i>como Partsch</i>)
406 numquam // priores (<i>cum s erasa</i>)	<i>sin citar</i> // <i>sin citar</i>
407 aliut	<i>sin citar</i>
419 ut	et
te <i>M</i> ²	sub <i>M</i> ¹ (<i>como Partsch</i>)

El texto que presenta Averil Cameron plantea numerosos y variados problemas, cuya resolución difiere mucho de las investigaciones que vengo realizando sobre el texto de la obra menor de Coripo (cf. mi artículo «Notas textuales al 'Panegírico de Justino' de Coripo», de próxima publicación).

Sólo voy a destacar algunos acuerdos y desacuerdos: parecen acertadas las conjeturas *persoluam* (II 28), *laetos* (II 304), *primas* (III 234). Pero mantiene lecturas peores, según creo, que las del manuscrito: *tum* (Praef. 16), *exustos* (I 349; *expositos M*, *quod defendit Petschenig*, *Philologus* 51, 1892, p. 500), *aequiperatque nouis* (II 80), *speciem* (II 148), *erum* (II 161), *omni sufficiant* (II 254), *paruus* (III 106), *in medio* (III 197), *aptare* (III 406), *inlustratque* (IV 116), *reuisens* (IV 257), *dicarat* (IV 266) y, para terminar, *carne leuans* (IV 354).

Otro aspecto interesante es el de las fuentes. Las de Coripo han ido aumentando desde los primeros escauceos que hiciera Ruiz en la *editio princeps*. Dempster, en su edición de 1610, las aumentó considerablemente, mientras que los sucesivos editores y comentaristas de Coripo (Barth, Ritterhusius, Vonck, Foggini, Amann, Appel, Welzel, etc.) han enriquecido enormemente las raíces de Coripo.

Las fuentes de Av. Cameron quedan completadas con las que ofrece U. Stache, *op. cit.*, pp. 563-587, de forma que estamos en condiciones inmejorables de presentar este capítulo de modo harto completo, que no definitivo, en un campo siempre abierto a nuevas aportaciones.

La traducción es «the first English translation» (p. 15). Supera, sin duda alguna, a la italiana de D. Romano (cf. reseña de U. Stache, *Gnomon* 46, 1974, pp. 305-307). Sin embargo, la encuentro excesivamente literal.

La parte más rica y valiosa del libro es la dedicada al comentario, sobre todo histórico. En realidad, ése era el objetivo del autor, logrado plenamente («my concern is the poem as source material for early Byzantine 'Realien', politics and ideology», p. 25). Los comentarios son valiosos en explicaciones, observaciones e interpretaciones que ayudan a entender mejor el texto del gramático africano. A título de ejemplo podría citar los comentarios a I 272 ss., sobre la vestimenta fúnebre de Justiniano; a I 314 ss., sobre el circo y el simbolismo de sus colores; a II 104 ss., sobre el calzado imperial; a III 309, sobre el aspecto oficial (sereno) del emperador Justino ante las insolentes palabras del embajador de los Avares y, para terminar, el comentario a IV 218, sobre la iglesia de Santa Sofia.

Por último, el libro presenta una cuidadosa presentación e impresión (cf. dos pequeñas erratas en p. 58: *puicumque* por *quicumque* y p. 69: *erudus* por *crudus*). Nos debemos, pues, congratular por la aparición del presente libro, que puede marcar el inicio de nuevos estudios sobre Coripo.

ANTONIO RAMÍREZ DE VERGER

II. LINGÜÍSTICA

Indogermanisch und Keltisch. Kolloquium der Indogermanischen Gesellschaft am 16. und 17. Februar 1976 in Bonn. Vorträge unter Mitwirkung von Rolf Ködderitzsch herausgegeben von Karl Horst Schmidt. Wiesbaden, Dr. Ludwig Reichert Verlag, 1977, 246 pp.

Se recogen en este tomo las comunicaciones a uno de los coloquios organizados por la Sociedad Indogermánica alrededor de un tema especial, en esta ocasión las lenguas célticas.

Los nueve trabajos reflejan la preocupación de los indoeuropeístas por incorporar al cuadro general de la lingüística histórica los resultados de las investigaciones en este campo, así como la de los celtistas de precisar ciertos puntos sobre el conocimiento de las lenguas en sus estadios más antiguos.

Comenzando por los referentes a las lenguas célticas, señalaremos la importancia del trabajo de David Greene sobre el irlandés arcaico. Como es sabido, el problema de la transmisión de materiales tradicionales de gran antigüedad en manuscritos de edad posterior plantea el de la posibilidad de reconstrucciones que den formas primitivas. Greene critica intentos de Bergin, por ejemplo, así

como hipótesis de Watkins sobre la importancia de la aliteración en la más antigua poesía o las del mismo autor sobre la posición no inicial del verbo en la frase. Tampoco acepta del todo la hipótesis de H. Wagner sobre el orden de la frase y considera difícil la reconstrucción del irlandés más primitivo, mientras expresa su deseo de que se haga una gramática del período medio de la lengua.

Interesantes puntos de la sintaxis del irlandés antiguo trató el joven P. Mac Coisdealbha, que desgraciadamente pereció en accidente poco después del Coloquio, dejando lamentablemente una laguna en este campo de estudios.

El trabajo de Gernot Schmidt se basa en lo que se sabe del irlandés antiguo para intentar precisar las formaciones del deponente en irlandés y del pasivo que se halla en las diferentes lenguas célticas en sus orígenes indoeuropeos. Encuentra que en indoeuropeo existieron formas medias con y sin *r*, pero las formas con *r* de la 3.^a persona de sing. serían antiguos sustantivos heteróclitos incorporados a la conjugación.

H. Wagner trata del difícil problema de la posición del verbo en la frase en celta. Como es sabido, el orden VSO de las lenguas célticas insulares contrasta con el orden SOV que se supone para el indoeuropeo común. Wagner no da por resuelto que este último sea el orden demostrado para el indoeuropeo primitivo. Con su gran conocimiento de las literaturas célticas busca ejemplos de orden irregular, es decir, con verbo no inicial. Se opone a los intentos de Watkins y Bergin de buscar el puesto del verbo al final, y sostiene que en el orden SOV coincide el irlandés con el egipcio y el semítico del noroeste.

Dos extensos trabajos de W. Meid y de H. Rix establecen las bases indoeuropeas de la morfología verbal del celta. El primero examina las formas infinitas y a continuación la relación de los sistemas de tiempo, modo y voz con el indoeuropeo común. En el valor pasivo de formas con *r* coincide el celta con el itálico. El origen de esta *r* propone Meid buscarlo en la de la 3.^a de plural. Finalmente revisa Meid la doctrina por él expuesta antes sobre otros aspectos, como el de las formas absolutas y conjuntas del verbo. Rix compara la estructura del verbo céltico con la conjugación que se ha venido considerando básica para el indoeuropeo, a base de la reconstrucción fundada en el griego y el indoiranio. Así como en las voces no encuentra Rix problemas, en la organización del tiempo y aspecto sí halla dificultades, al haber desaparecido en celta la oposición aoristo/perfecto. En un análisis detallado resulta que el modelo basado en el griego y el indoiranio no basta para explicar las formaciones del céltico, sino que hay que tener en cuenta también los elementos que pueden ser comunes y se hallan en otras lenguas.

Hans Hartmann ofrece en un amplio trabajo la consideración del valor del verbo impersonal en irlandés, desde un punto de vista sintáctico. Aplicando la gramática de dependencia, y basándose en ejemplos del irlandés hablado actualmente, consigue presentar pruebas del valor que el impersonal tiene en la lengua actual, y que explicarían el valor de tal construcción en el indoeuropeo.

Finalmente señalaremos el trabajo de conjunto en que D. Ellis Evans saca de nuestro conocimiento del celta continental los datos utilizables en la reconstrucción del céltico común. Prescindió Evans en aquella ocasión casi por completo de utilizar los materiales celtibéricos, y se limitó al galo y al lepóntico. El creciente escepticismo sobre los límites de la reconstrucción y el relativo valor de conceptos como «céltico común», lleva a Evans a ser extremadamente cauto. Por eso se leerán con gran provecho sus conclusiones sobre la fonética del celta

común (p. 74 ss.) a la luz de sus interpretaciones del pobre material de los restos célticos continentales. En la morfología (p. 78 ss.) también consigue Evans convencer al lector de la importancia de los restos continentales para la reconstrucción del celta. En conjunto permiten los restos del celta continental asegurar el carácter indoeuropeo de una familia que en sus muestras insulares pertenece a un período mucho más tardío.

El autor de la presente reseña ofrece bajo el título de «Indoeuropeo, celta y celtibérico» un ensayo de coordinar los resultados de la lingüística con los de la prehistoria, postulando una diferenciación relativamente tardía del céltico en un occidente en proceso de europeización, en la cual el germánico y el celta absorbieron lenguas menores, de las cuales aparece el lusitano en el horizonte y en borrosos restos una zona conservadora alrededor de los Países Bajos que algunos lingüistas llaman «bloque del noroeste».

A. TOVAR

HAUDRY, JEAN.—*L'emploi des cas en védique. Introduction à l'étude des cas en indo-européen*. Ouvrage publié avec le concours du Centre National de la Recherche Scientifique. Lyon, Editions L'Hermès, 1977, 506 pp.

La intención del libro de Haudry, según manifiesta el propio autor (p. 435), es ensayar una reconstrucción morfológica a partir de la observación de los hechos sintácticos.

La lingüística indoeuropea adolece de una endémica falta de coincidencia en los resultados de la reconstrucción efectuada por los diferentes indogermanistas, que se agrava, como es natural, cuando se accede a estratos lingüísticos profundos. Raras son las «verdades» universalmente aceptadas en nuestra disciplina. Cada indogermanista concibe hasta cierto punto «su indoeuropeo». Esta falta de concordia se debe a una serie de circunstancias, alguna de las cuales comparte la indogermanística con diversas ciencias de la prehistoria, mientras que otras le son específicas.

Dadas las circunstancias y las dificultades presentes y pasadas de la indogermanística no puede por menos de mirarse con simpatía cualquier intento de abordar los viejos problemas con métodos nuevos, o al menos poco usuales, como es el intento de Haudry de reconstruir la morfología indoeuropea a partir de la observación de los hechos sintácticos.

Sin embargo, hemos de tener en cuenta que las dificultades de la reconstrucción del indoeuropeo tiene grados. De hecho, el ámbito de la fonética ha sido más propicio que el de la morfología y éste que el de la sintaxis. Concretamente la reconstrucción sintáctica ha entrañado tales dificultades que ha sido la provincia de la indogermanística que más tarde se incorporó a nuestra ciencia, y la que ha sido menos rica en resultados. Y ello no gratuitamente, sino por la dificultad que entrañan los hechos sintácticos. Si resulta difícil poner de acuerdo a los estudiosos, pongo por caso, sobre el funcionamiento sintáctico del sistema casual de una lengua bien conocida como puede ser el griego clásico, cuánto más difícil no resultará reconstruir el funcionamiento del sistema casual indoeuropeo par-

tiendo de los resultados obtenidos en el análisis del funcionamiento sintáctico de los sistemas casuales de las diferentes lenguas indoeuropeas.

Pues bien, en el intento de Haudry se añade una dificultad adicional y que consiste en saltar desde las consideraciones e interpretaciones sintácticas a la reconstrucción de los hechos morfológicos.

Ahora bien, no hago estas observaciones para descalificar de entrada el libro objeto de esta reseña, sino para calibrar en su justa medida las dificultades que entraña el empeño.

Pero pasemos a exponer el contenido del libro antes de formular nuestra opinión sobre sus puntos de vista, especialmente en lo que se refiere al «origen de la flexión nominal» (p. 435 ss.).

La mayor parte de la obra está dedicada al estudio de los empleos de los casos en védico. Aunque no faltan referencias a usos del sistema casual de las restantes lenguas indoeuropeas, la recogida sistemática de materiales y usos versa, como decimos, sobre la lengua de los *Vedas*. Recogida y aporte de datos que no podemos sino elogiar por su sistema y rigor.

Centrales son dos de sus ideas. Una la referente a la relación entre el acusativo y su verbo, que el autor define mediante la «*théorie des deux modèles*» (el acusativo objeto y el directivo, etc. no serían sino dos usos que derivarían el uno del otro de acuerdo con la evolución semántica del verbo). La otra gira en torno a los usos dobles del dativo, que estaría en el origen de todos los demás, así como de los infinitivos.

Pero pasemos a exponer las ideas de Haudry sobre el origen del sistema casual, en cuyo desarrollo quedarán de manifiesto otras diversas tomas de postura del autor. Digamos antes que en cambio faltan tomas de postura sobre cuestiones fonéticas y morfológicas especialmente polémicas. Así, deduzco que Haudry acepta una sola laríngeal indoeuropea que simboliza como *H*, y en consecuencia admite una vocal /a/ antigua. Perfectamente, pero hay que deducirlo, porque no está advertido explícitamente, al igual que otros extremos.

Haudry separa claramente de un lado los casos rectos: nominativo y acusativo de los que sería solidario por su génesis el instrumental (p. 447). De otro lado queda como totalmente aparte el dativo. El genitivo tiene un origen que se relaciona también con el de los casos rectos, como luego veremos. El locativo, ablativo y vocativo apenas son tenidos en consideración.

El nominativo, que sería el caso del agente, estaría caracterizado por la desinencia *-s*. El acusativo, como pasivo, contaría con la característica *-m*. El instrumental estaría marcado mediante *-H*. De otra parte el dativo podría tener indistintamente las desinencias *-ei* universalmente admitida e *-i*. A la existencia de dativos en *-i* dedica el autor mucha atención, ya que esa circunstancia va a resultar, como luego veremos, piedra angular de al menos una parte de su doctrina.

No existe para Haudry «caso indefinido» en indoeuropeo, noción que por lo demás considera contradictoria (p. 462). Sí existe en cambio un tema puro que puede aparecer como nominativo, como acusativo y como instrumental (p. 453). Unas páginas más adelante admite, de pasada, la existencia de usos del tema puro como vocativo y locativo. Ahora bien, el locativo-tema puro sería para el autor un uso restringido a algunos sustantivos de valor local o temporal, y siempre con valor inhesivo (p. 462).

Entre unos y otros usos del tema puro establece Haudry una diferencia: 1) El vocativo y los locativos serían usos del tema puro como formas casuales *con desinencia cero*. 2) Los restantes usos serían empleos del tema puro como formas *sin desinencia* (p. 462).

Entre lo uno y lo otro existe, a juicio del autor, la siguiente diferencia: el tema puro con desinencia cero es una forma casual como otra cualquiera, cuya característica es precisamente un morfema desinencial cero. En cambio el uso de formas sin desinencia para funciones casuales como nominativo, acusativo o instrumental es algo esporádico, incidental, que sólo se da en sintagmas con sustantivo y adjetivo, y sólo en uno de ellos se pone la marca casual, mientras que en el otro se omite por innecesaria. Por este mecanismo explica Haudry sintagmas del tipo *návyasā vdcas* a los que tradicionalmente se consideraba de «final sincopada».

No admite en cambio el autor la existencia en ningún caso de temas puros en función de dativo (p. 447, etc.).

La génesis de la flexión casual estaría en la aglutinación de postposiciones (p. 456) y ello explica la subsistencia de formas sin desinencia: en sintagmas de sustantivo + adjetivo la postposición no se repetiría y de ahí que nos encontremos en las lenguas históricas sintagmas en que la desinencia aparece sólo en uno de los miembros (el sustantivo o el adjetivo). Sin embargo, no entendemos bien cómo este tipo puede darse en todos los casos menos en el dativo, donde precisamente podría verse favorecido por los frecuentes usos dobles del dativo, además de por las circunstancias que según el autor lo condicionarían en los demás casos, todas las cuales se dan aparentemente en el dativo.

Ahora bien, si el autor aceptara la existencia de dativos-temas puros perderían gran parte de su apoyo las ideas que sostiene en relación con los abstractos, infinitivos, etc.

El sistema casual que así nos reconstruye el autor para una etapa remota del indoeuropeo sufriría diversas modificaciones antes de desembocar en la situación de las lenguas históricas.

Por una parte el caso agente (nominativo) se escindiría en dos (nominativo + genitivo) por la irrupción del instrumental en la esfera del agente. La identidad formal nominativo-genitivo en hetita es en consecuencia un arcaísmo (p. 449). Este paso del nominativo (agente) a genitivo se ejemplifica en frases como *miles sagittā hostem uulnerat* en que *miles* es agente y *sagittā* instrumental. Si el instrumental pasa a ser considerado como sujeto agente la frase se alterará en *militis sagitta hostem uulnerat*. Lo que era nominativo (agente) pasa a ser genitivo.

Así pues, el antiguo instrumental en *-H* irrumpe en la esfera del sujeto agente y da lugar a nominativos asigmáticos, concretamente en los femeninos en *-ā* y en *-ī*. El nominativo en *-ā* es el antiguo instrumental en *-aH* y el nominativo en *-ī* es el antiguo instrumental en *-iH*. A su vez, estos nominativos (ex instrumentales) son sentidos en un determinado momento como temas puros sobre los que se pasa a construir una flexión remodelada. Ello no obsta para que subsistan formas sin remodelar del instrumental, que son los instrumentales-temas puros en *-ā* del védico.

La importancia del instrumental es enorme, ya que además de lo dicho proceden del instrumental los neutros pronominales en *-d* y los nominativo-acusativo neutros de singular con forma de tema puro, que serían antiguos instrumentales *sin desinencia* del tipo anteriormente descrito (p. 448 ss.).

Una esfera completamente distinta es la del dativo. Las desinencias de este caso serían *-ei*, *-i*, si bien el autor no precisa en ningún momento la relación que existe entre una y otra forma, ni tampoco su distribución.

Establece una fuerte predilección del dativo por los empleos dobles, y concluye que ello no es casual, sino fruto de «un lien de nature» que existe entre el dativo y los mencionados usos dobles (p. 435).

En los nombres verbales se produce una escisión del paradigma que lleva a este caso al *status* de dativo-infinitivo. Como el nombre verbal es indiferente a la diátesis, en unas lenguas (latín, griego) se produce una diferenciación morfológica, mientras que en otras subsiste, como en védico, la indistinción formal activa/medio-pasiva.

Los infinitivos son, pues, en su origen dativos, tanto desde el punto de vista formal como funcional. La equivalencia del infinitivo con un dativo subsiste en múltiples giros. Ulteriormente pueden producirse reinterpretaciones en virtud de las cuales el infinitivo puede llegar a equivaler funcionalmente a un acusativo, etc. (p. 437).

De un antiguo nombre verbal en *-t*, el dativo, caracterizado con la desinencia *-i*, sería evidentemente *-ti*. Ese dativo en *-ti* habría dado de una parte los infinitivos bálticos (el aesl. y el toc. tienen infinitivos similares) (p. 442). De otra, la final *-ti* sería reinterpretada como «tema puro», dando lugar a un tipo flexional de nueva factura, los abstractos en *-ti*. Pero como, según queda dicho, existía otra desinencia de dativo (*-ei*), ello da lugar a otro dativo de los antiguos abstractos en *-t*: *-tei*. De ambos dativos (*-ti*, *-tei*) surge la forma de vocalismo alternante de los nuevos abstractos en *-ti/-tei*.

Para derivar los casos correspondientes a ese nuevo tema flexional no hay más que añadir las correspondientes desinencias: *-ti + m*, etc. Para la función de dativo puede, sin embargo, conservarse la forma antigua sin remodelar: *-ti*, *-tei*, que no son realmente temas puros, sino formas desinenciales de los antiguos abstractos en *-t*.

Concretamente dativos en *-ti* para estos temas encontramos en védico *svastí* (dat.) junto con la forma regular *svastáye* (p. 438), y también en avéstico. Igualmente existen dativos en *-tei*, que es la forma habitual del griego. No se trata en consecuencia de una forma fonéticamente procedente de *-tei-ei*, sino que por el contrario *-tei* sería el arcaísmo conservado en griego y en parte en iranio, frente a lo que *-tei-ei* del indio sería innovación. En este sentido, los datos que aporta el iranio parecen inatacables (p. 440).

Hay que añadir que para Haudry, de la misma manera que los abstractos en *-ti* proceden de la adopción como tema de lo que era una antigua forma de dativo, muchos temas en *-i* pueden proceder del dativo de antiguas palabras radicales.

Esto es lo esencial de su doctrina. Pasemos ahora a valorar el conjunto y algunos de sus detalles.

En lo que se refiere al método en sí, ya hemos dicho que las dificultades de la reconstrucción sintáctica han hecho que la sintaxis indoeuropea sea uno de los apartados de menos desarrollo en nuestra disciplina. En principio no parece muy acertado transferir esas dificultades a otras parcelas de la indogermanística. Sin embargo, no sería despreciable la ayuda que el criterio sintáctico aportara a los estrictamente morfológicos, con la condición de que éstos siguieran siendo

los primordiales en toda reconstrucción morfológica. En cambio, en la presente obra el autor, consciente o inconscientemente, hace jugar a los criterios sintácticos un papel preponderante, incluso pasando por alto a veces los datos morfológicos.

Pongamos un ejemplo de lo que decimos. Para Haudry el genitivo no es sino un antiguo nominativo (agente) desplazado a esa función por la reinterpretación como nominativo agente de un instrumental. Tal conclusión viene establecida sobre la base del análisis de hechos sintácticos, que además no son unívocos respecto a la función originaria del nominativo indoeuropeo. La conclusión tiene una fuerte carga subjetiva que procede de la mayor dificultad que entraña la reconstrucción sintáctica a que antes aludíamos. Pero además sucede que desde el punto de vista morfológico no hay ninguna base para pensar que el genitivo es un antiguo nominativo. Bien es verdad que la presencia en ambos casos de un morfema *-s* invitan a ver una relación entre ambos. En ello estamos de acuerdo con Haudry. Igualmente coincidimos en considerar la identidad nominativo-genitivo del tipo temático *hetita* como un arcaísmo. Sin embargo, entre la presencia de *-s* en nominativo y en genitivo hay diferencias morfológicas sustanciales. En nominativo la *-s* es solamente una de las tres posibilidades alomórficas (*-s/∅/*alargamiento), mientras que en genitivo *-s* es el morfema universal (con la sola excepción del genitivo temático de determinados grupos dialectales). La *-s* del nominativo es apofónicamente inerte, mientras que en genitivo cuenta con la alternancia regular *-es/-os/-s*. Como consecuencia de ello la presencia de *-s* en nominativo no tiene relación alguna con el grado vocálico de la predesinencial, encontrándose por igual precedida de un grado pleno o de un grado cero. En cambio en genitivo juegan regularmente las leyes del vocalismo alternante dando los tipos conocidos P/C y C/P, no encontrándose el tipo P/P más que en formas escasas y generalmente tenidas por secundarias. Todo ello y diversas otras circunstancias hacen pensar que el uso de *-s* en genitivo es más antiguo que en nominativo, y que si existe de alguna manera una transferencia de este elemento de uno a otro caso es más bien de genitivo a nominativo que lo contrario.

El autor se adscribe a la serie de lingüistas que quieren ver en el nominativo indoeuropeo un caso agente, opinión que es presentada bajo diferentes modalidades y con argumentos varios. No merece la pena entrar en la discusión de esta opinión, de la que desde luego no participo, ya que nos ocuparía excesivo espacio. Notemos, sin embargo, que Haudry (p. 12) define el nominativo como caso cuya función es la de nombrar. Y añade: «S'il se distingue du thème nu en ce qui concerne les autres catégories (genre et nombre) il s'identifie à lui en ce qui concerne la catégorie du cas». Estoy de acuerdo con esta definición y hay que añadir que en líneas generales ésa es la naturaleza del caso nominativo en la totalidad de las lenguas indoeuropeas. El presuponer un *status* diferente para el nominativo indoeuropeo carece por lo pronto de base comparativa y además sale del terreno de la estricta morfología para incluirse en el de la sintaxis de las funciones casuales. Téngase además en cuenta que en las mismas palabras de Haudry se encuentra, a mi entender, la clave del problema: la marca formal del nominativo pertenece más bien a la esfera del género. Es precisamente en los inanimados donde falta sistemáticamente esa marca.

En realidad ninguno de los puntos que se refieren al origen e interrelación de los casos «directos» (entre los que Haudry, como hemos visto, incluye al instrumental para diversos efectos) nos resulta convincente. Así, cuando Haudry

hace derivar el nominativo de singular femenino en *-ā* de un antiguo instrumental entrometido en la esfera del agente. ¿Qué es lo que lleva al autor a pensar así? Supongo, aunque no está explícitamente formulado así, que Haudry, al concebir el primitivo nominativo indoeuropeo como un caso agente, piensa que era necesaria una caracterización constante. Un tema puro no podría cumplir esa función. Por lo demás, el mismo Haudry, al definir la caracterización del nominativo-agente, sólo admite la forma caracterizada con *-s* (p. 450). En consecuencia el nominativo en *-ā*, femenino, no puede ser un antiguo «nominativo agente». La salida consiste en pensar que es un antiguo instrumental en *-H* convertido en nominativo. Ello exige considerar, como sabemos, que todo el tipo en *-ā* procede de una refección tomando como nuevo tema puro lo que antes era instrumental.

No menciona, en cambio, Haudry los nominativos alargados de los temas en *-n*, *-r*, etc. ¿Debemos pensar que son también antiguos instrumentales?

Todo ello resulta demasiado gratuito y poco convincente. A nosotros nos parece indudable que los nominativos en *-ā* femeninos son simplemente temas puros. Si ello invalida o resta fuerza, a juicio del autor, a su idea del nominativo agente indoeuropeo caracterizado uniformemente con *s*, tal vez exista una explicación más simple: que en indoeuropeo el nominativo no era exactamente como se lo imagina el autor.

En realidad es en todo el conjunto de problemas relacionados con los temas puros en funciones casuales donde más discrepancias con el autor son mayores. Estamos de acuerdo con Haudry en rechazar la existencia de un «caso indefinido» en indoeuropeo. Los datos que llevaron a postularlo son las diferentes formas que aparecen en uno u otro paradigma de las diversas lenguas indoeuropeas en variadas funciones casuales. De hecho, esas funciones son: 1) Locativo. 2) Vocativo. 3) Instrumental. 4) Nominativo (en los animados). 5) Nominativo-acusativo (neutros) en singular. 6) Nominativo-acusativo neutro de plural (por ejemplo, ved. *urú*, *cāru*, etc.). 7) En dativo, en contra de la opinión de Haudry. Datos al respecto pueden encontrarse en mi libro *Origen de la Flexión nominal indoeuropea*, pp. 197 ss. y 267 ss. La misma argumentación del autor antes aludida no hace sino demostrar la existencia en las lenguas históricas de verdaderos temas puros en función de dativo en los temas en *-i*. El suponer que esas formas son antiguos dativos caracterizados que han servido de base para la creación de un nuevo tema en *-i* es un postulado puramente personal que no resulta nada convincente, y que por otra parte parece un tanto contradictorio dentro del pensamiento del propio autor. En efecto, ello exigiría que antes de producirse ese mecanismo no existirían los temas en *-i*. Si ése es el caso, ¿cómo hay que entender los instrumentales en *-i-H* de verdaderos temas en *-i* que el autor postula en p. 450, etcétera? Y si existían temas en *-i* antiguos, previos a ese mecanismo, ¿cómo debemos imaginarnos su dativo?, ¿dónde está conservado? Y si no se conserva, ¿qué razones ha habido para ello?

El propio autor choca con estas aporías cuando (p. 447), llevado por sus propios presupuestos, ha de explicar como antiguos dativos los infinitivos griegos en *-en*. Se trata evidentemente de formas adesinenciales, es decir, de temas puros. Pero, ¿cómo casar eso con su postulado de que no existen dativos-temas puros? Se trataría de formas sin caracterizar que funcionaban como dativos en empleos dobles de este caso en que aparecía caracterizado sólo uno de los miembros. Si

existen entonces dativos-infinitivos temas puros por ese procedimiento, ¿por qué no habrían de existir, siquiera fuera por la misma circunstancia, verdaderos dativos-temas puros?

Estamos de acuerdo con Haudry en que las tradicionalmente llamadas «finales sincopadas» del védico no son sino empleos del tema puro en distintas funciones casuales. Pero no lo estamos en cambio en el mecanismo que condiciona la existencia de temas puros en las distintas funciones.

Como se habrá podido comprobar, un tema puro puede aparecer casi con cualquier función casual. Las excepciones son escasas (limitándonos al singular): genitivo y acusativo de animados (aparte del ablativo que, por lo demás, en la mayoría de las ocasiones no tiene forma independiente del genitivo).

Coincido también con Haudry en que en definitiva las diferentes funciones que puede asumir el tema puro hay que explicarlas desde presupuestos de una etapa preflexional. No es éste desde luego lugar adecuado para que exponga mis propios puntos de vista sobre el tema puro, cosa que ya he hecho en mi obra antes citada. Pero, desde luego, debo decir que los problemas que plantea el tema puro admiten otra explicación que casa por lo demás perfectamente, a mi entender, con los hechos sintácticos que Haudry nos presenta en su obra.

Mis discrepancias con el autor no deben servir sino para que todos volvamos a replantearnos estos difíciles problemas. Y no puedo sino felicitar a M. Haudry por la valentía que demuestra al abordar los complejos problemas del origen de los sistemas flexivos de la familia lingüística indoeuropea que durante tanto tiempo han sido soslayados y mal vistos. Por lo demás, no todo son discrepancias, sino que, como se habrá podido comprobar, me satisface grandemente el haberme encontrado de acuerdo con M. Haudry en diferentes puntos, algunos de ellos fundamentales.

F. VILLAR

GARCÍA-RAMÓN, JOSÉ I.—*Les origines postmycéniennes du groupe dialectal éolien*. Universidad de Salamanca, 1975, 120 pp.

Conviene dar noticia directa de este estudio sobre los orígenes del eolio, por más que su crítica haya sido hecha ya por mí en esta misma revista (44, 1976, p. 254 ss.) a propósito de mis ideas sobre la diferenciación de los dialectos griegos en general.

Quiero elogiar en el libro su riqueza en datos, su buena información y su exposición clara y diáfana. Son cualidades que son muy de apreciar. Cada capítulo va precedido de un esquema de su doctrina, parágrafo tras parágrafo, de manera que el conjunto es muy fácil de seguir.

Tras eliminar una serie de rasgos griegos comunes y otros, el autor señala la presencia en Tesalia, hacia 1200-1150 a. C., de una serie de rasgos occidentales y otros orientales. Se trataría de un dialecto mezclado, resultado de la confluencia de los dos dialectos griegos fundamentales: esto es lo que significa la palabra «eolio». A este panorama se añaden una serie de innovaciones paneolias (evolución de las labiovelares ante *e*, vocalización *o* de las sonantes, etc.) que

el autor fecha, precisamente, en 1200-1150. Más tarde se separan, sucesivamente, el beocio y el lesbio.

Lamento que esta tesis, tan clara y sugestivamente expuesta, no encuentre en mí la convicción necesaria. En el lugar arriba citado he expuesto por qué: no es cuestión de repetirme aquí. Pienso que la base oriental del eolio corresponde a un dialecto micénico que en parte es anterior a la escisión en jónico y arcadio-chipriota: por tanto, una parte de los rasgos eolios son de edad micénica, mientras que los rasgos occidentales provienen, ciertamente, de la invasión doría.

Están, luego, las innovaciones propias del eolio. Pero algunas de ellas no puedo fecharlas en fecha tan reciente como García-Ramón; las hay que, para mí, vienen del mismo período micénico, en el cual, por tanto, pienso que el eolio estaba a medio conformar —ni más ni menos que el jónico y el arcadio-chipriota—. Estas son, *grosso modo*, las diferencias que existen entre nuestras concepciones; envío para detalles a mi artículo aludido.

Esto no empece a la buena consideración que debe merecer un libro tan bien trabajado como el de García-Ramón. Traslucen en él, ciertamente, concepciones sobre la dialectología griega que no comparto: no sólo en cuanto a cronología, sino también, por ejemplo, en cuanto a la cualidad de «puros» de ciertos dialectos y de «mixtos» de los demás. El nacimiento de un dialecto es, pienso, cosa más compleja, gradual y matizada: y esto hay que extenderlo a todos los dialectos griegos, no sólo al eolio. Pero, insisto, son diferencias de escuela y de concepciones generales que no estorban el reconocimiento de que, dentro de su línea, el libro es valioso. Se presta, además, excelentemente, por su buena organización, para ser utilizado por cualquiera, esté o no de acuerdo con sus ideas.

FRANCISCO R. ADRADOS

HILLER, STEFAN y PANAGI, OSWALD.—*Die frühgriechischen Texte aus Mykenischer Zeit*. Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1976, 353 pp.

Util puesta al día de nuestros conocimientos sobre epigrafía y filología micénica, que en gran medida sustituye a las ya un tanto atrasadas de Ventris-Chadwick y Palmer; más completa, desde luego, que *The Mycenaean World*, de Chadwick.

El libro, cuyos capítulos se reparten los dos autores, va precedido de un interesante prólogo de Fritz Schachermeyr sobre «Mykene und Lineare B-Schrift im Rahmen der Altertumforschung». Podríamos dividirlo en tres partes (aunque no están especificadas): una sobre cronología, epigrafía, técnica de los archivos micénicos, etc.; otra sobre las series más importantes; una tercera sobre geografía e instituciones.

Todas ellas están trabajadas con sumo cuidado. El mayor interés del libro precisamente es, aparte de suministrar una introducción y visión general a los no especialistas, presentar a éstos un panorama crítico de las últimas investigaciones. Este método expositivo hace, quizá, el libro un tanto duro de leer en ocasiones: es, en suma, un libro erudito en vez de una introducción amena y fácil de leer, como la de Chadwick.

Los autores discuten en detalle los problemas de la cronología de la Lineal B que consideran de origen cretense y no continental, sobre todo en relación con las teorías de Palmer (que tienden a rechazar) y con el problema de las inscripciones vasculares de Tebas y toda la cronología de Tebas (que tienden a aceptar sea alta). Dan luego un panorama muy claro del sistema de la escritura y de la lengua, pasando con cierta rapidez sobre el problema del dialecto, aunque reconocen muy bien que el micénico no es continuado exactamente por ninguno de los posteriores. Se ocupan también de las series y todo lo relativo a la organización de los archivos y a las hipótesis que sobre la administración micénica pueden hacerse después de los trabajos de Olivier, sobre todo.

Discuten luego detenidamente los problemas de las distintas series. Por ejemplo, la interpretación de las listas de personal (las mujeres son esclavas, piensan), la de la serie *o-ka* (serían grupos de tropas bajo un comandante, según propuestas anteriores de Hiller), problemas de las tablillas de ganado, aceite y aromas, textiles, otros sobre división de la tierra, herreros, impuestos, inventarios, etc. La adhesión del lector variará, evidentemente; a mí me parece particularmente insatisfactorio (y breve) el tratamiento del reparto de tierras. Pero con algunas excepciones (como la mencionada) el conocimiento de la bibliografía especializada es bueno y al día.

Algo parecido puede decirse de la última parte, sobre instituciones (aunque, como se ve, hay mucho que ganar en la segunda para el conocimiento de las mismas). Aquí es el conocimiento de la estructura política y social el que me parece poco avanzado: se repiten ciertos tópicos en que yo al menos no creo, como el *ra-wa-ke-ta* como comandante de la aristocracia, apenas hay nada sobre el papel del *da-mo*, etc.; para la religión se comete el error generalizado de reducirlo casi todo a una cuestión de dioses testimoniados (tienen igual interés los no testimoniados y las instituciones). Prescindiendo de cosas como éstas, el nivel es siempre bueno. Tiene especial interés el capítulo sobre nombres de personas que, sobre trabajos de Mühlenstein y otros, relaciona el complejo de los nombres de las tablillas con el de la zona eolia y beocia.

El conjunto del libro es, como queda dicho, informativo y crítico. Se trata de una crítica extremadamente prudente que, en realidad, nos deja bastante a oscuras sobre el funcionamiento del estado pilio (y el de Knosos), así como sobre su organización social. El libro termina con una evaluación del palacio pilio con sus, aproximadamente, 3.000 habitantes y servidores y las medidas extremas de defensa en el último año antes de su caída (tablillas *o-ka*, requisa del bronce de los templos). Y con una mirada retrospectiva a la crítica que, en ocasiones, se ha practicado sobre el desciframiento. No hay que olvidar que el libro se dirige, sobre todo, a los filólogos clásicos: a ellos se refieren, principalmente, el prólogo de Schachermeyr y este final, que abogan por la causa de la filología micénica.

FRANCISCO R. ADRADOS

ADAMS, J. N.—*The Text and Language of a Vulgar Latin Chronicle (Anonymus Valesianus II)*. London, Institute of Classical Studies, 1976, XXV + 189 pp.

Este es el primer trabajo amplio de J. N. Adams, que posteriormente ha publicado *The Vulgar Latin of the Letters of Claudius Terentianus* (1977). Le preceden

varios artículos que desarrollan alguno de los puntos que van a merecer la atención del autor en este estudio. La obra estudiada es el *Anónimo Valesiano II*, designado por otros *Chronica Theodericiana*; trata de los acontecimientos históricos que van desde el año 474 a la muerte de Teodorico. Su redacción, para Adams, hay que situarla en la segunda mitad del siglo VI, y ciertos rasgos coinciden con documentos y escritos procedentes de Ravenna.

El interés de la obra es evidente, tanto por las aportaciones concretas que en el campo del latín vulgar supone, como por el hecho de que —tal como lo indica el título— el análisis sobre la lengua está basado en los resultados obtenidos de una discusión previa del problema textual.

Esta discusión ocupa las treinta y cinco primeras páginas. Se analizan ampliamente cada uno de los pasajes problemáticos, tomando como punto de apoyo el alto valor concedido al manuscrito *B* (Berlín 1885), del siglo IX, frente a *P* (*Vat. Pal. Lat. 927*), del siglo XII, al que se considera partidario de la regularización de la lengua. Como es lógico, también en la preferencia por una u otra lectura se parte de una idea preconcebida acerca de la naturaleza del latín vulgar de la época, y sólo cuando ambos criterios, crítica textual y fenómenos lingüísticos, coinciden, se adoptan las lecturas de *B*. De modo que esta primera parte nos va intruduciendo en los problemas de naturaleza lingüística que van a ser objeto de una exposición sistemática en la segunda parte. El conjunto de este apartado es esencialmente una discusión de lecturas aceptadas por las ediciones hasta ahora existentes (Mommsen y Moreau-Velkov), con cuyos criterios no coincide. Quizá en ocasiones Adams atribuya, pasando al extremo opuesto de los editores anteriores, un excesivo intervencionismo en el texto al copista de *P*, aunque en líneas generales su razonamiento es correcto. En la discusión de lecturas no estoy de acuerdo en el mantenimiento de *pendens* referido a *comes* (= cometa) en 84; habría que aceptar la corrección *splendens* de Valois, ya que *pendens* atribuido a *columna* (fenómeno meteorológico) es normal, y no lo es, en modo alguno, referido a *comes*.

Con respecto a la segunda parte, está dividida en apartados referentes a fonética y ortografía, morfología y sintaxis, vocabulario y, finalmente, orden de palabras. Resulta interesante el modo de trabajo de Adams: después de exponer la explicación del fenómeno globalmente, tal como se ha venido interpretando, establece, si es posible, distinciones entre las diversas formas que confluyen en la configuración del fenómeno, buscando para cada una de ellas una justificación adecuada. Es curiosa la importancia concedida, en todo tipo de explicaciones, al factor de tipo psicológico, especialmente en el terreno de la sintaxis.

Se echa de menos una cierta sistematización en el apartado del vocabulario.

Todo lo anterior va precedido de una bibliografía de gran utilidad, y seguido de varios índices: general —que podríamos llamar temático—, de palabras latinas y de palabras romances.

A pesar de tratarse de un estudio sobre un texto concreto, el sistema de exposición seguido permite obtener información de carácter general sobre cada uno de los puntos sometidos a análisis, información general que pone al lector en condiciones de enjuiciar críticamente la solución ofrecida por el autor. En conjunto, su planteamiento, partir de un estudio del texto en profundidad, y su desarrollo resultan de gran interés y eficacia.

CARMEN CODOÑER

LORENZO LORENZO, J.—*El valor de los preverbios en Jordanes*. Universidad de Salamanca, *Acta Salmanticensia* 94, 1976, 313 pp.

Este trabajo tiene, en principio, el interés de la novedad del tema preverbal y del escritor objeto del estudio; en conjunto, un campo poco trillado para hacer un buen acarreo de materiales y una investigación provechosa. En el prólogo manifiesta el autor que su obra constituye «sustancialmente una revisión de la tesis doctoral presentada en 1974 en la Universidad de Salamanca» y que la innovación principal de esta última redacción es la introducción, en el cotejo de los usos lingüísticos, de Tito Livio, que tan poderosa influencia ejerció en la lengua historiográfica posterior; con todo, las referencias a este escritor a lo largo del libro no se prodigan demasiado, pues siguen prevaleciendo las de César y Cicerón, Virgilio y Ovidio. El autor es también consciente (p. 31) de que muchas de las diferencias de uso de la lengua de Jordanes respecto de la de los escritores clásicos pueden encontrarse en los que median entre las dos épocas; pero olvida este presupuesto al expresar, por ejemplo, su «extrañeza» por el valor 'ocupar antes' de *anticipo*; bastaría haber echado una ojeada al *Thesaurus Linguae Latinae* y ver los ejemplos que preceden al de Jordanes para que tal extrañeza se disipara; sin duda, la consulta consecuente del *Thesaurus* hubiera arrojado mucha luz sobre los compuestos de los once primeros preverbios estudiados.

En la introducción (pp. 13-31) hay dos partes, a mi entender bastante dispares; mejor la segunda que la primera. En ésta (pp. 13-22) trata J. L. de definir la relación entre los adverbios, las preposiciones y los preverbios y de establecer el cuadro de los valores de estos últimos en las épocas arcaica y clásica; en la segunda (pp. 22-31) presenta la problemática de los preverbios en las épocas postclásica y tardía y el método empleado.

En cuanto al primer punto, induce a confusión el uso promiscuo que se hace del término latino *praepositio* (válido para 'preposición' y 'prefijo') y del español *preposición*; al utilizar éste por aquél debiera haberse entrecomillado, para dar a entender que no se trata del uso moderno, sino del concepto amplio que tenían los gramáticos latinos. Pero, sobre todo, se echa en falta sentido crítico para sistematizar las ideas y el montón de citas que se aducen; así como criterio selectivo en la utilización de la bibliografía; y es una pena, porque en un breve párrafo conclusivo de la p. 17 el autor acierta a dar la explicación histórica de la cuestión: «... los preverbios son partículas que, nacidas, igual que las preposiciones propiamente dichas, de antiguos elementos adverbiales, llegaron a unirse con el verbo...»; pero a esta conclusión se llega imprevisiblemente, tras interpretar mal el pensamiento de Brøndal atribuyéndole las ideas que precisamente critica (las de Melanchton). Por otra parte, al tratar de aclarar la distinta distribución sintagmática de la preposición y del adverbio, se confunden las perspectivas diacrónica y sincrónica de la lengua tomando en sentido histórico la consideración sincrónica que hace la Gramática de Port-Royal de ambas clases de palabras, y se añade leña al fuego citando a Melanchton, según el cual las preposiciones *cum amittunt casum, fiunt aduerbia*; y de éste se pasa al moderno tratado de H. Pinkster sobre los adverbios (1972) en un gigantesco salto bibliográfico, prescindiendo de la insustituible teoría de la gramática histórico-comparada que describió la realidad histórica de la relación adverbio-preposición en términos exactamente inversos a los de Melanchton.

La clasificación de los valores de los preverbios en las épocas arcaica y clásica dista mucho de ser homogénea; se habla: *a)* de un valor «semántico» de índole espacial y temporal, *b)* de un poder de transitivización, *c)* de un valor «intensivo», y *d)* de un «matiz aspectual». En la cuestión aspectual, a la que se concede mayor atención, no se ve progreso alguno respecto de las opiniones tradicionales; las numerosas citas que se aducen no se integran en un plan teórico y se baraja indiscriminadamente la varia terminología que incide en el tema. Difícilmente puede sostenerse que *perficio* y *perago* indiquen una acción «puntual» (p. 22); *per-* tiene otros valores distintos del «puntualizante» (cf. *per* 'durante'); en las acciones de esos verbos, por relación a las de los simples respectivos, hay una noción de progresión y perfectividad, ajena al carácter puntual.

Mayor solidez presenta la explicación de la evolución de los preverbios en la época postclásica (pp. 22-24); se ha visto bien la proliferación del uso del compuesto, con la consiguiente debilitación de su sentido determinado y el recurso a nuevos refuerzos preverbiales (supercomposición); el intercambio de las formas simples y las compuestas, la propagación de estas últimas en la lengua hablada, y, a la inversa, cierta tendencia en los poetas a conservar los verbos simples; pero dos páginas es un espacio hartamente estrecho para el desarrollo de una cuestión tan compleja y que debería, además, haber constituido el planteamiento general del tema, antes de entrar en el estudio de los usos de Jordanes.

En cuanto al «método adoptado» (pp. 25-31), puede considerarse acertada la crítica de la indiferenciación significativa de simple y compuesto que sostiene F. Werner en su estudio sobre el latín de los *Getica* de Jordanes, e interesante el establecimiento de una distribución morfológica y sintáctica distinta de ambos. Quizás convendría no olvidar que este procedimiento de diferenciación morfosintáctica entre forma simple y compuesta es antiguo: los verbos determinados por preverbios perfectivizantes tendieron, a la inversa de los simples respectivos, a un mayor empleo de las formas perfectivas y, por otra parte, la modificación preverbal siempre potenció la capacidad sintagmática del verbo; pero no está de más insistir en que, frente al desgaste semántico que sufrieron los compuestos en la baja latinidad, éstos conservaron, sin embargo, su particular construcción sintáctica y desarrollaron aquella tendencia a la especialización morfológica; así, por ejemplo, la acusada propensión de los compuestos al uso en una forma participial. El meollo de la tesis reside, sin duda, en el análisis de estas dos características que se anuncian en la introducción y se cifran en porcentajes en el apéndice (pp. 283-297).

A continuación (pp. 33-281) el trabajo se diluye en un estudio descriptivo, verbo por verbo, con detalles que no llegan a sistematizarse ni siquiera en la presentación de cada preverbio. Más que ofrecer un estudio del valor de los preverbios, conforme reza el título, el autor se entretiene en la descripción monótona del uso de cada compuesto preverbal, aduciendo pormenores que poco interesan para determinar el valor de los preverbios; por ello hubiera sido un título más adecuado al contenido de la obra «el valor de los compuestos preverbiales en Jordanes». Entre otras, he aquí algunas observaciones: ¿por qué *contuens* tiene que ser necesariamente participio de *contueo* y no de *contueor*? (p. 96); *cum-* (*passim*) no es en ningún caso preverbio, siendo la grafía correcta de éste, a diferencia de la preposición, *com-*; el primitivo sentido de *de-* no es otro que «desde arriba» (p. 104) y el de *sub-* «hacia arriba» (p. 262), cf. *deorsum/sursum*; es antihistórica la explicación que se da, ateniéndose a Prisciano, de *re-* como apócope de *retro* (p. 245).

La bibliografía recogida es abundante, pero muy irregular; varios títulos no pasan de ser «exornativos», particularmente de los que inciden en la cuestión del aspecto verbal, en la que no se ha profundizado lo suficiente; por cierto, la tesis doctoral del que suscribe es de un año anterior al que se consigna en la relación bibliográfica y en la p. 21, nota 45. Faltan títulos fundamentales como el estudio de las preposiciones de L. Rubio en el vol. I de la *Sintaxis estructural del latín* o el de R. Cornelissen, *Lateinisch com- als Verbalpräfix in den romanischen Sprachen*, Bonn 1972.

Un índice de los verbos estudiados y otro general cierran este trabajo. Una simple ojeada al último es suficiente para advertir la ausencia de algunos preverbios de segundo orden, como *am(b)-* y *post-* y los bisílabos *contra-*, *intro-*, *retro-* y *subter-* que adquirieron cierta importancia en la latinidad tardía; si es que no aparecen en Jordanes —lo que es improbable para los seis—, habrían merecido al menos una mención de paso.

En suma, no nos cabe duda de que el buen conocedor de Jordanes que es el autor, de haber contenido su «apresuramiento», habría logrado un estudio mejor elaborado y más maduro; el tema requería mayor reflexión y más labor de síntesis.

BENJAMÍN GARCÍA-HERNÁNDEZ

GAUTIER, PAUL.—*Anne Comnène. Alexiade. Regne de l'empereur Alexis Ier Comnène (1081-1118). Tome IV. Index.* Paris, Les Belles Lettres, 1976, IX + 143 pp.

Aporta este volumen, después de tres décadas de haber concluido, en la Colección Bizantina patrocinada por la Asociación G. Budé, la publicación de la *Alexiada*, por B. Leib (en 3 tomos: 1937, 1943 y 1945), un apéndice instrumental verdaderamente útil, aunque con deliberada intención muy restringido, del repertorio léxico contenido en la crónica épica en prosa de la porfirógénita y «très princesse» Ana.

Con toda razón se pone en guardia el editor, en el «Avant-propos», contra críticas que desconociesen la finalidad y límites de su labor. Pues no ha tratado, en ningún modo, de componer un vocabulario, sino de suministrar, como lo expresa el título, un mero Índice de voces de carácter histórico en el significado más general de este término: nombres propios de persona o lugar, vocablos institucionales —civiles, militares o religiosos—, nombres comunes que reflejan aspectos de la sociedad bizantina urbana o rural o accidentes del medio geográfico y, finalmente, algunas palabras que responden a dominantes preocupaciones de la hija mayor y biógrafa del primero de los Comnenos.

Gautier cumple con esmero y rigor en las citas su cometido de facilitar de esta manera la lectura o cotejo de referencias históricas o geográficas dispersas por la *Alexiada*. Lo tumultuario de muchas fechas o lo vago de bastantes noticias geográficas de esta obra se pallan y benefician ahora mediante el subsidio de este Índice que permite contrastar, enriquecer y precisar los datos de prosopografía o localización en la gesta historial de Ana Comnena. El objetivo de registrar y estudiar a fondo el léxico común de Ana Comnena —o purista o vulgar—

es asunto diverso, casi intacto en la bibliografía —fuera de alusiones sueltas, o de artículos, de Buckler o Antoniades— y no era meta a que se encaminase el Índice, fundamentalmente de Personas, Lugares e Instituciones, que agradecemos ahora a Paul Gautier.

ISIDORO MILLÁN GONZÁLEZ-PARDO

III. LITERATURA, FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

HERÓDOTO.—*Historia. Libros I-II*. Intr. de F. R. ADRADOS. Trad. y notas de C. SCHRADER. Madrid, Ed. Gredos, 1977, 494 pp. + 6 mapas + índices de nombres propios.

El presente volumen constituye el tomo cuarto de una ambiciosa serie de traducciones con que la Editorial Gredos pretende poner al alcance del lector interesado por el mundo antiguo toda la literatura grecolatina. Fruto de este empeño son ya los 14 libros publicados hasta la fecha (febrero de 1979), de una notoria variedad, casi todos ellos de la serie griega, dirigida por el Dr. C. García Gual.

La introducción del que ahora reseñamos ha sido encomendada al Prof. F. R. Adrados, y cumple perfectamente su objetivo de poner al lector en disposición de entender el papel de Heródoto dentro de su mundo y de captar todo el sentido de su *Historia* a la luz de su ideología y de los precedentes que condicionan el género literario practicado por él. No es la primera vez que el Prof. Adrados trata el tema. De nuevo ha sabido encuadrar admirablemente al historiador en la sociedad en que vivió, y destacar desde una perspectiva crítica todo el sentido de la misma, dentro de las limitaciones de espacio impuestas por la colección y la heterogeneidad del público a que va dirigida. Su agradable tratamiento, fácil de entender para el profano, libre de erudición excesiva y de rebuscamientos, a la par que su profundo enfoque, hacen que esta Introducción sea tan válida para el especialista en Historia Antigua como para el lector de mediana cultura.

En cuanto a la traducción del Dr. C. Schrader, que será la tercera en nuestra lengua, tras la dieciochesca de Pou y la de María Rosa Lida, si dejamos a un lado la muy buena versión de los libros I y II hecha por el malogrado Berenguer Amenós, parece de seria factura y de notable fidelidad al texto. Con todo, notamos en este primer tomo algunos defectos de detalle y muy notorias coincidencias con la ya citada versión de Berenguer en repetidos pasajes. Por citar sólo algunos ejemplos, en I 31, 2 no capta el valor aspectual del imperfecto παραγίνοντο, de gran fuerza estilística —subrayando la ansiedad de quienes esperan el regreso de los bueyes que deben llevar el carro—, al traducir con pluscuamperfecto. En I 39, 2 su versión es idéntica a la de Berenguer: «¿Tiene manos un jabalí?, ¿tiene la punta de hierro que tú temes?», siendo así que nada impide traducir —en aras de una mayor fidelidad al texto griego— «¿Cuáles son las manos de un jabalí,

cuál la punta de hierro que tú temes?». En I 17, 3 se altera también sin necesidad la estructura sintáctica del texto griego por no dar a ἔχω con infinitivo el sentido de 'poder' que normalmente tiene en este giro. La transcripción de Ἀρπάγος por *Harpage* (como Berenguer) es errónea si se siguen las normas del Prof. Fernández-Galiano, pues en tal caso deberíamos acentuar *Hárpage*. En fin, no hay razón para no respetar (igual que Berenguer) el sistema inclusivo aplicado por los griegos en las enumeraciones —lo que lleva al traductor a algunas inexactitudes—, sobre todo cuando la abundancia de notas se justifica por un laudable deseo de mantener la mayor fidelidad posible al texto de Heródoto.

Se trata la mayoría de las veces de defectos de escasa importancia; pero, precisamente por ello, defectos en los que no se habría incurrido sin tener delante la traducción de Berenguer. Así pues, lo único criticable a Schrader en este libro es haber confrontado dicha versión antes y no después de elaborar la suya propia. Lo que todavía lamentamos más al leer la traducción de los oráculos —donde se cuida mejor la originalidad—, que es ciertamente de mayor calidad artística que la de Berenguer. En cambio debemos felicitar a Schrader por el cuidado en la preparación de las notas, muy abundantes, y por el amplio conocimiento de la cultura griega de que se hace gala en ellas y particularmente en las del libro II.

En cuanto a las variantes textuales, no consideramos necesarias algunas como las de I 12, 1; I 138, 2; I 191, 2 y II 119, 3, que, aunque interesantes para la crítica del texto, poco o nada afectan a la traducción.

En definitiva, un buen trabajo en líneas generales que esperamos sea superado en sus defectos por el tomo siguiente de Heródoto, donde nada impedirá que Schrader dé su verdadera talla como traductor.

AURELIO PÉREZ JIMÉNEZ

MURDOCH, IRIS.—*The Fire & the Sun. Why Plato banished the Artists*. Oxford, University Press, 1977, 89 pp.

Nacida en Dublín en 1919, Iris Murdoch es, junto a Maturin, Wilde, Yeats y tantos otros, uno de esos productos anglo-irlandeses que tanto lustre han dado a las letras británicas oficiales. Hasta los treinta y cinco años no publica su primera novela, *Under the Net*, que inaugura, con su estructura compleja y ambiciosa, la narrativa de la escritora, siempre atenta a los planos psicológicos y a la interiorización anímica de los personajes; una narrativa que iba a dar piezas tan conocidas como *The Sandcastle* (1957), *The Bell* (1958), *An Unofficial Rose* (1962), *The Italian Girl* (1964) o *Bruno's Dream* (1969), por citar algunas de sus novelas. En el terreno de la crítica había publicado en 1953 (fue su primer libro) *Sartre*, lo que indica muy claramente sus rumbos vitales y sus preferencias, hoy día tan surcadas por las inevitables arrugas del olvido. Ahora (1977) le ha tocado el turno a Platón y a la particular actitud del filósofo en relación con los artistas. En un ensayo breve pero denso, aunque tan pretenciosamente moderno e inteligente, la señorita Murdoch nos habla de las obsesiones de Platón y de sus propias obsesiones, y para ello no vacila en introducir a Kant en escena, y a Tolstoy, Kierkegaard, Freud y Wittgenstein. «Plato's fear of art is a fear of pleasure», leemos

en p. 16. Siempre la fácil diatriba contra el supuesto moralista. Y más adelante (p. 83): «Bad art is a lie about the world, and what is seen as good is seen as *ipso facto* true and as expressive of reality». Desde luego que no. Ni Burne-Jones tiene por qué abdicar de su imaginación ante el miope Seurat, ni Swinburne ante Keats, ni Wilkie Collins ante Dickens. Eso no puede deducirse de ninguna manera de un texto platónico. Era otra *realidad* la del texto aducido de Keats, otra *realidad* la del filósofo griego. De cualquier forma, debo confesar que *The Fire & the Sun* no ha conseguido interesarme lo más mínimo. Igual rechazo experimenté años atrás hacia la insoportable producción novelística murdochiana.

LUIS ALBERTO DE CUENCA

SCHMITT-VON MÜHLENFELS, FRANZ.—*Pyramus und Thisbe. Rezeptionstypen eines Ovidischen Stoffes in Literatur, Kunst und Musik*. Heidelberg, Carl Winter, 1972, 164 pp. + XXXIV láminas.

Es justo comenzar nuestra reseña con un elogio muy sincero a la obra de Schmitt-von Mühlentfels, que constata de nuevo la persistencia de los temas clásicos.

Aunque el subtítulo, ambicioso en demasía, nos haría esperar un exhaustivo estudio de obras literarias, musicales y artísticas en las que la leyenda de Píramo y Tisbe estuviese presente, sin embargo, ya en la Introducción (pp. 13 y 14) nos indica las aspiraciones y límites de su empresa, justificando el no hacer lo que otros hubiesen deseado que se hiciese.

Tiene el mérito de ofrecer una visión panorámica de la leyenda que parte de la versión clásica ovidiana centrada en las obras capitales, especialmente literarias, aunque recoge también algunas versiones musicales y algunas representaciones artísticas, que desde la Edad Media a nuestros días de una manera u otra abordan el mito. Por tanto, hay omisiones, sobre todo en los dos últimos campos, pero que no impiden que la obra cumpla dignamente sus objetivos.

En el primer capítulo («Ovids exemplarische Erzählung»), aunque él se ciñe al pasaje ovidiano, infinitamente más bello, trágico y romántico, y que es la base de reelaboraciones posteriores por Schmitt estudiadas, demuestra conocer las variantes de la leyenda.

El segundo capítulo (pp. 26-66), «Die Moralisation des Stoffes: Ovidius ethicus und Ovidius theologus», se subdivide en dos partes. En la primera («Die Erzählung von Pyramus und Thisbe als ein Beispiel moralisch fehlerhaften Verhaltens», pp. 26-55) se afirma una vez más que la Edad Media cristiana intenta apoderarse de la obra ovidiana y utilizar al gran poeta pagano como maestro de enseñanza (*ethicus* o *theologus*), aunque Schmitt rechaza que esta tendencia moralizadora (al menos en lo que a Píramo y Tisbe se refiere) sirviera de pretexto para permitir a los hombres del medioevo gozar de los encantos de lo prohibido, y se basa para su afirmación en que una interpretación teológico-moral de la leyenda de Píramo y Tisbe fue dada muy pronto por san Agustín en una obra de juventud, *De ordine* (diálogo que continúa la tradición grecolatina), escrita a fines del 386, muy poco después de su conversión al cristianismo.

A la segunda parte del capítulo («Die geistliche Allegorese des Stoffes») dedica menos páginas (55-65), aunque este aspecto alegórico, como puede verse en las láminas 12, 13 y 14, está presente en el arte (Píramo mata al león que tiene el velo de Tisbe en la boca, Tisbe encuentra al amado con la espada, la pareja se encuentra en la muerte).

El capítulo tercero («Die Demonstration der Macht der Liebe») tiene una primera parte («Der Triumph der dämonisierten Liebe») que se destina a mostrar el poder del amor diabólico (pp. 66-84). Comienza estudiando detenidamente el *Pyramus et Thisbe* de Matteo di Vendôme, cuyo dístico inicial, sobre el que insiste el autor amplificándolo, *Est amor ardoris species et causa cruoris / dum trahit insanus in sua fata manus*, es considerado la quintaesencia de esta clase de poesía programática; a continuación analiza un *Pyramus et Thisbe* de un poeta anónimo francés (p. 69 ss.), otra obra anónima alemana (p. 71 ss.), la *Fábula de Píramo y Tisbe* de Gregorio Silvestre (p. 72 s.) en la que la Razón se somete al Amor, y la *Historia de los muy constantes e infelices amores de Píramo y Tisbe* (en la primera parte de la *Diana*) de Jorge de Montemayor (p. 73 ss.) en la que queda de manifiesto que Amor es señor y dueño de los amantes, igual que en el *Pyramus und Thisbe-Spiel* de Samuel Israel (p. 77).

«Die Apotheose des Liebespaars» (pp. 84-98) constituye la segunda parte del tercer capítulo; se estudian aquí especialmente los pasajes o las obras en las que se muestra la apoteosis de la unión amorosa, en las que los amantes son como mártires a los que espera el cielo, la corona, etc. Ocupan aquí su puesto *La Divina Comedia* (Purgatorio) de Dante (p. 86), *The Legend of Good Women* de Chaucer (p. 87), en la que aparece la leyenda (v. 706 ss.) junto a las de Alcestris, Criseida, Cleopatra, etc. y en la que, aunque Chaucer sigue fielmente a Ovidio, al ser la *religio amoris* y el martirio del amor lo que domina, Tisbe es una mártir; o la *Favola di Píramo e di Tisbe* de Bernardo Tasso (p. 89), la de Antonio de Villegas, o la *Zampoña* de Giambattista Marino, en *Idillii Favolosi* (p. 91 ss.), y Tirso de Molina, *Deleytar aprovechando* (p. 94 ss.), en donde de nuevo aparece que los amantes se unirán en la muerte (amor y muerte unidos) y podrán gozar juntos de los «campos Elisios».

En todas estas obras hay un final feliz, está de una manera u otra la apoteosis de la pareja, al igual que en el campo de la música en una ópera (de Hn. Cousser-C. Schröder), *Pyramus und Thisbe. Getreue und festverbinden Liebe, in einem Singe-Spiel vorgestellt*; también alude a la apoteosis de Píramo y Tisbe otra obra musical, *Didone* (G. Colla-Metastasio); lo mismo que la *Tragedia Policiiana* de Sebastián Fernández.

El cuarto capítulo («Die unerhörte Begebenheit einer tragischen Liebesgeschichte», pp. 99-124) analiza aquellas obras que han insistido en los caracteres trágicos de la leyenda de Ovidio. Lo «trágico» tiene su presencia en el arte (láms. 21-30) en obras de Loyset Liedet, en grabados de dos ediciones de la *Bible des poètes*, en Bernard Salomon, Niklaus Manuel, P. Moreelse, A. Schoonjans, L. Brammer, Nicolas Poussin, Rembrandt, etc.

Como tratamiento literario comienza analizando *La hystoria de Píramo et Tisbe* de Giovanni Sabadino, la de Cristóbal Castillejo (p. 105 s.); en ellas el destino es cruel, la fortuna no les favorece, el cielo no es benigno: la catástrofe se impone, igual que en Ludovico Dolce, *Le Transformationi*.

Comparada Tisbe a una de las heroínas que escriben cartas (*Heroidas* de Ovi-

dio) está en una poesía en latín de Mark Alexander Boyd (p. 108 s.). En el carácter trágico insiste un soneto de sor Juana Inés de la Cruz.

Importantísimas en este aspecto son dos tragedias, la de Théophile de Viau, *Les Amours tragiques de Pyrame et Thisbé* (p. 110 ss.) y *Pirame et Thisbé* de Nicolas Pradon (p. 113 s.).

Y su presencia en la música corrobora su éxito. A considerar esto dedica Schmitt el final del capítulo IV (p. 114 ss.); entre estas manifestaciones cabe destacar el drama lírico de Édouard Tremisot (p. 122 ss.), aunque también analiza el drama de Venanzio Rauzzini (p. 120), el *Intermezzo tragico a tre voci* de Mario Coltellini-Johann Adolf Hasse (p. 116), etc.

El capítulo quinto («Der Umschlag ins Komische») también se subdivide en dos partes. La primera («Die parodierte Liebesgeschichte») se dedica a la utilización del mito con fines paródicos; el tratamiento «a lo jocoso» lo han experimentado la mayoría de las leyendas que han llegado a ser muy famosas (lo que daría fe sobre el éxito de ésta), aunque también se podría hablar de un desarrollo de lo que sólo en germen había en Ovidio (cf. el humor).

Aquí se analiza la poesía *Les Filles de Minée* de J. de la Fontaine, donde una imperceptible ironía domina el ambiente, como vieron sus críticos; pasa a continuación al *Piramo y Tisbe* de Góngora, poesía rica en imágenes, muy elaborada y difícil (por cierto muy criticada por Jáuregui) y a la que Salazar Mardones comentó y casi «tradujo» en prosa. Esta parodia perfecta y llena de gracia es comentada «detenidamente» por Schmitt. Los muchos versos seleccionados muestran claramente la cultura clásica del poeta español (p. 130).

Dos pasajes cervantinos del *Quijote* son comentados: un soneto de D. Lorenzo (segunda parte, cap. XVIII) y la adecuada comparación de Quiteria y Basilio («Bodas de Camacho», segunda parte, cap. XVIII) con Piramo y Tisbe (pp. 131-133). A continuación (pp. 134-135) una comedia de Pedro Rosete Niño, *Piramo y Tisbe*.

En Francia aparece de nuevo un tratamiento burlesco en *L'Ovide Bouffon, ou les Metamorphoses burlesques* en el lugar correspondiente del libro IV (p. 136).

Acaba esta primera parte del capítulo quinto con una referencia a obras musicales.

Toda la segunda parte de dicho capítulo («Shakespeares Spiel im Spiel») está dedicada a un estudio pormenorizado de la representación de Piramo y Tisbe en *A Midsummer Night's Dream* (aunque no falta la alusión al *Romeo y Julieta* que tanto debe a esta leyenda).

Acaba el capítulo constatando su presencia en el siglo XX, por ejemplo en la escenificación de Gustav Rudolf Sellner con música de Carl Orff (p. 148) o en la traducción de *El sueño de una noche de verano* hecha por August Wilhelm Schlegel con música también de Orff, etc.

Schmitt (p. 150) nos informa de una película de muñecos checa, *Sen noci svatojanské* (traducción del título de Shakespeare) de Jíří Trnka, del año 1959, y que es evidentemente una nueva versión de la leyenda a partir del drama inglés.

Con este capítulo acaba la obra sin que haya unas conclusiones generales, que no son imprescindibles, pero que no hubiesen sido inútiles. Las pp. 152-160 están destinadas a bibliografía (*Literaturverzeichnis*), subdividida en Fuentes (*Quellen*) y literatura crítica (*Kritische Literatur*). En las pp. 161-162 hay una

relación de ilustraciones (*Verzeichnis der Abbildungen*), y en pp. 163-164 un índice onomástico (*Namenregister*). Cierran el libro 34 láminas (*Tafeln*).

Consideramos, pues, que es un trabajo serio, profundo, en el que el autor ha llevado a cabo lo que se propuso, que no era, por ejemplo, «el tema de Píramo y Tisbe» en una literatura concreta, por lo que es justificable que al pretenderlo hacer en todas las épocas y literaturas haya limitado su estudio a unas obras (bastantes y muy importantes) y haya omitido otras. Podríamos mencionar como omitidos un romance anónimo (Biblioteca de Autores Españoles X, p. 311, número 464 —*Romancero General* de Agustín Durán—, Madrid, Rivadeneyra, 1854) que comienza: *Tisbe y Píramo que fueron / leales enamorados*; otro de Lorenzo de Sepúlveda (*ibid.*, pp. 311-313, núm. 465): *En la grande Babilonia / que Semiramis fundara*; la *Fábula de Píramo y Tisbe* de Miguel Botello, Madrid, Viuda de Fernando Correa, 1621, 4 hs. + 24 pp. Tampoco ha hecho una historia del tema en la música o en el arte, por lo que se justifican importantes omisiones que serían injustificables si el estudio se hubiese dedicado exclusivamente a uno de estos apartados.

Creemos que su gran mérito está en los tratamientos literarios y que incluir la música y el arte sirve, por una parte, para constatar la interrelación de todas las artes, y, por otra, para probar que esta leyenda, como otros muchos mitos, ha sido fuente de inspiración de músicos y artistas de todas las épocas. Así pues, haber tenido en cuenta manifestaciones musicales y plásticas sirve para redondear la obra, para lograr la visión panorámica que el autor pretendía.

En la Bibliografía, excelente, encontramos algunas omisiones que también justificamos de acuerdo con lo anteriormente dicho. En relación a la literatura española no vemos mencionadas, por ejemplo, Wilson, E. M., «El texto de la fábula de Píramo y Tisbe de Góngora» (*RFE* 22, 1935, pp. 291-298); Terry, A., «An Interpretation of Góngora's Fábula de Píramo», *BHS* 4, 1956, pp. 202-217); Galaz Vivar, A., «Análisis estilístico de la Fábula de Píramo y Tisbe de don Luis de Góngora y Argote» (*MEg* 2, 1958, v. I, pp. 241-332); Jammes, R., «Notes sur la Fábula de Píramo y Tisbe de Góngora» (*LN* 55, 1965, pp. 1-47); Waley, P., «Enfoque y medios humorísticos de la Fábula de Píramo y Tisbe» (*RFR* 44, 1969, pp. 385-398); Lázaro Carreter, F., «Situación de la Fábula de Píramo y Tisbe» (*NRFH* 15, 1961, pp. 463-482), y «Dificultades en la Fábula de Píramo y Tisbe de Góngora» (*ROEDHP*, 1967, pp. 121-127), reeditados ambos artículos en *Estilo barroco y personalidad creadora*, Salamanca, Anaya, 1967, pp. 61-96 y 121-127, respectivamente; Araya, «Shakespeare y Góngora parodian la Fábula de Píramo y Tisbe» (*EFIL*, 1964, pp. 19-40). De Philip Testa recoge Schmitt la obra más importante: *The Pyramus and Thisbe Theme in 16th and 17th Century Spanish Poetry*; sin embargo, no menciona «Kinds of Obscurity in Góngora's 'Fabula de Pyramo y Tisbe'» (*MLN* 79, 1964, pp. 158-180), y «An Analysis of Tirso de Molina's 'Fabula de Pyramo y Tisbe'» (*SPh* 64, 1967, pp. 132-146).

Concluyendo, nos encontramos ante un auténtico estudio filológico, que supone una interesante aportación al mundo de la cultura.

FRANCISCA MOYA

GRIFFIN, M. T.—*Seneca. A Philosopher in Politics*. Oxford, Clarendon Press, 1975, 504 pp.

El trabajo de Miriam T. Griffin pretende dar un nuevo enfoque al problema quizá más debatido en los estudios sobre Séneca: la aparente desconexión entre la teoría filosófica expuesta por el autor y sus actitudes personales en circunstancias históricas concretas. El tema no es propiamente literario, aunque para su resolución, según Griffin, haya que manejar criterios de este tipo. El resultado de este intento es un estudio muy complejo que exige el dominio de la metodología histórica y literaria.

En la introducción se nos advierte de las dificultades de la investigación: escasez de datos autobiográficos en la obra de Séneca —la autora ya ha tomado partido por esta conclusión antes de discutirla—, y consideración de ensayos y cartas como obras puramente literarias. Aunque es posible ver en ellas el tratamiento filosófico de problemas reales del momento, lo difícil es concluir hasta qué punto esas ideas allí expresadas se corresponden con su actividad política personal. Una de las consecuencias es la dificultad para fijar la cronología de sus obras.

El método aplicado es causa de la división del trabajo en dos partes: en la primera, recopilación de datos procedentes de fuentes distintas a Séneca y también de sus propias obras, sobre todo *De clementia* y *Apocolocyntosis*. Segunda parte: estudio de ciertos temas que aparecen frecuentemente en su producción literaria y actitud de Séneca ante ellos.

La primera parte se propone trazar una biografía lo más aproximada posible y dentro de la mayor objetividad, a partir de datos tomados a distintos autores (sobre todo a Tácito); en general, la autora se muestra muy cauta en la aceptación de hipótesis que no cuenten con una base muy firme. La consecuencia es la elaboración de una biografía donde abundan los elementos negativos y las valoraciones de tipo moral. El resultado alcanzado coincide, en gran parte, con los obtenidos anteriormente por otros investigadores, tal vez porque el criterio de obra literaria, aplicado a la producción de Séneca, no se ha hecho extensible a la obra de los autores utilizados como fuente biográfica, por ejemplo Tácito, a quien concede su mayor confianza.

Sobre el retrato obtenido encaja los datos que se desprenden del análisis de *Apocolocyntosis* y *De clementia*. Dedicar un amplio espacio al estudio del carácter del tratado *De clementia*, más desde un punto de vista literario y político que filosófico.

La segunda parte, con su numeración como 5 del primer capítulo («Seneca on the Fall of the Republic») parece querer dar a entender que existe una continuidad con respecto a la primera parte. Los puntos de vista de Séneca sobre el estado son predominantemente morales e individuales, no políticos: síntoma de ello es la utilización de *exempla*, recurso moralizante y literario, marginal a la verdadera historia (p. 182). Ese mismo carácter negativo tienen las conclusiones obtenidas acerca de la postura de Séneca sobre el gobierno de las provincias y la esclavitud. El aspecto que más discute es el de las opiniones de Séneca sobre la riqueza, en relación con su comportamiento personal; aquí ve Griffin un desarrollo de un tema literario de gran tradición, muy de moda en época de Nerón, unido al peligro que supone el dinero en un sistema político como el Principado.

Pasa a analizar la relación entre *otium* y participación política (pp. 314-366), y para ello toma como puntos centrales de referencia cuatro obras siempre utilizadas a tal fin: *De breuitate uitae*, *De tranquillitate animi*, *De otio* y *Epistulae morales*, enfocándolas desde la perspectiva de su carácter literario. La actitud de Séneca ante el problema, más bien ambigua, no está muy de acuerdo con la línea del estoicismo y parece derivar de un compromiso con la época. Cada vez es más elevado el índice de alejamiento de la política y, por tanto, más peligrosa la adscripción a una filosofía que parece indicar la rebelión ante el poder. En estas circunstancias, Séneca pretende salir al paso del peligro, distinguiendo abstención de oposición.

El único aspecto en que hace notar la coincidencia entre teoría y práctica es el del suicidio.

Sigue un capítulo de conclusiones y una serie de apéndices de carácter muy heterogéneo: cronología, cuestiones literarias, los historiadores de Séneca, prosopografía; cada uno de ellos da cabida a problemas de muy diversos tipos.

A pesar de la amplitud y diversidad de los temas tratados —cosa que reflejan muy bien los apéndices—, las conclusiones tienen el mismo aire de provisionalidad de siempre, como resultado del pie forzado del que se parte: análisis de unos textos, los de Séneca (partimos del supuesto de que las referencias de autores posteriores suponen ya una interpretación de los hechos), en los que los planteamientos teóricos pueden llevar a abstraer actitudes personales ante problemas generales, no reacciones concretas ante hechos históricos definidos.

El problema radica esencialmente en la imposibilidad de manejar obras de Séneca marginales a planteamientos filosóficos generales: no contamos con discursos, ni siquiera con cartas dentro de la tradición ciceroniana, géneros donde cabe el dato y el problema concreto del momento. Esto nos lleva a pensar en ambigüedades o falta de claridad, cuando lo cierto es que es imposible tratar de hilvanar la biografía de Séneca sin contar con dos tipos de elementos: datos históricos precisos y planteamientos teóricos. La ausencia de los primeros no nos permite llegar a conclusiones muy distintas a las habituales, puesto que se acaba recayendo en el mismo punto: tratar de sacar de reflexiones generales, abundantísimas en la obra de nuestro autor, alusiones a comportamientos y hechos concretos.

La obra, emprendida en parte como intento de superar la ya antigua *Vie politique de Sénèque* de R. Waltz (París 1909), cumple su cometido en lo que afecta a la introducción de nuevas perspectivas en la interpretación del período histórico, y en su intento de hacer entrar el concepto de lo literario en el análisis de los textos emprendidos con finalidad histórica.

C. CODOÑER

ADAMIETZ, JOACHIM.—*Zur Komposition der Argonautica des Valerius Flaccus. Zetemata. Monographien zur klassischen Altertumswissenschaft, Heft 67.* München, Verlag C. H. Beck, 1976, V + 128 pp.

El libro que reseñamos empieza con una breve introducción para entrar luego en el tema, es decir, la composición del poema de los Argonautas de Valerio Flaco. La primera parte (pp. 4-68) comprende I 22-V 216, porque la primera mitad

se adentra un poco en el libro V. El resto del poema es objeto de la segunda parte (pp. 68-107). En la tercera se incluyen diversos temas de mayor o menor extensión como son «El número de libros y el plan de la obra», «Trabazón de las partes», «Acción y división de los libros» y «Concepción de los *Argonautica*». Acompaña a la obra un índice de pasajes.

Para el autor no es fácil reducir a unas tesis generales los valores de composición de Valerio Flaco, que pueden reconocerse en el esmero y modo como éste supo transformar los elementos que halló en la tradición (prólogo). Afortunadamente se han conservado casi en su totalidad los autores que ejercieron una mayor influencia en los *Argonautica*, circunstancia que facilita sobremanera el estudio comparativo con sus predecesores. La causa de que Valerio Flaco haya despertado un interés tan pobre radica en la poca estima que se ha hecho de sus cualidades como poeta. Los resultados a que llegó F. Mehmel (*Valerius Flaccus*, Diss., Hamburg 1934) son casi siempre peyorativos respecto del poema de los Argonautas. Sus conclusiones se basan en un material demasiado escaso y tuvieron una influencia de la que fue víctima Kurfess en el artículo que escribió en *RE* de Pauly-Wissowa. La primera intención del autor del libro que nos ocupa fue buscar argumentos en los resultados de las investigaciones anteriores, para refutar la tesis de Mehmel según la cual Valerio Flaco no siguió un plan determinado en la composición de su obra. Así pues, Adamietz empieza por estudiar el problema de cómo Valerio Flaco seleccionó y ordenó el material hallado en la tradición y atiende muy especialmente a la cohesión interna del poema. Para demostrar su tesis el autor va considerando una serie de escenas en relación con el plan de la obra y en su coherencia dentro de la misma. Tales son, por ejemplo, la de Jasón y Pelias (pp. 4-8), Juno y Minerva (pp. 8-10), la despedida (pp. 17-20), la muerte de los compañeros de Jasón (pp. 26-29), etc., sin olvidar las diferencias con las fuentes, sobre todo con Apolonio Rodio. Entiende (p. 15) que F. Klinger refutó suficientemente la teoría de J. Stroux, quien imaginó una dependencia muy complicada. Para el autor del presente libro la escena de la tempestad viene a continuación de la de los dioses como una de las grandes pruebas profetizadas por Júpiter a los héroes (p. 22). También hubiera sido interesante relacionar este pasaje con el género menor del propemptión. El libro I empieza con la antítesis entre el tirano y el héroe para terminar con la misma contraposición (p. 27). Quizás hubiera sido oportuno dedicar un párrafo al aspecto estilístico de composición anular en este detalle, siquiera para insistir en la cohesión del libro. Las diversas partes del libro I guardan estrecha conexión entre sí y con toda la epopeya restante. La acción está cuidadosamente dispuesta, de manera que el final de una da origen a la siguiente. El libro I tiene la misión de preparar la acción externa que sucede después y de revelar el sentido total de la epopeya. Cada escena tiene su razón de ser en sí misma, pero, además, explica a veces determinados aspectos de la travesía y del carácter del héroe. Es un procedimiento propio de la epopeya valeriana recurrir a una historia previa para revelar los motivos y el trasfondo de una acción. Tal es el caso, por ejemplo, en la primera parte de I 22-90 y, en la segunda, de V 224b-277) (p. 70 s.).

Adamietz entiende (p. 113) que Valerio planificó su obra no en 12 libros, sino en 8, y los dispuso en dos partes formadas por 4 libros, aproximadamente, cada una. Para resolver el problema de la unidad artística en el curso de la aventura, el poeta tenía dos caminos a seguir: completar el mito o abreviarlo, y optó por

el intermedio completando unas veces, suprimiendo otras. La idea que Valerio tomó como base de su epopeya corresponde siempre a la materia mítica, es decir, las hazañas de un grupo de héroes. La exposición del libro es clara y su lectura ayuda no poco a esclarecer los problemas que estudia.

ANGEL ANGLADA

DE ROMILLY, JACQUELINE.—*The Rise and Fall of States according to Greek Authors*. Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1977, 100 pp.

Pequeño gran libro que recoge unas conferencias dadas por la autora en la Universidad de Michigan e insiste en su preocupación sobre la teoría política griega.

Un primer capítulo, «The Pattern of History», se ocupa de los distintos modelos de concepción de la historia entre los griegos, sobre todo el cíclico y el biológico (aunque de éste no se sacaron todas las consecuencias). En definitiva, su interés está más en la decadencia que en el progreso de los estados: es una constante que se extiende de Tucídides a Platón, entre otros. Para éste, como es sabido, cada constitución lleva los gérmenes de su ruina.

Las condiciones del éxito, estudiadas en un segundo capítulo, «The Conditions of Success», se basan para los griegos en la *philotimia* o ambición, más que en circunstancias materiales. En cuanto al dinero y el poder marítimo, Tucídides explica que sólo manejados inteligentemente tienen utilidad. Paralelamente, para Platón es el temple moral lo importante, la ciudad ideal debe fundarse lejos del mar a fin de que no se produzca la corrupción procedente de la riqueza y el poder.

En definitiva, lo importante para la estabilidad de una ciudad es su *politeia*, concepto que no se resume en el de una constitución escrita, sino que tiene que ver con el modo de vida, los hábitos dependientes de la libre aceptación de la ley (incluso en Platón). Se es consciente de que, muy concretamente, el régimen democrático necesita un freno de este tipo. Y en su existencia justifica Polibio el éxito de la República romana.

Todo esto es completado en el tercer capítulo, «Hybris in Politics». En él la autora hace ver que incluso en autores como Heródoto y Tucídides, cuya filosofía se centra, en opinión general, en una intervención divina y en la inteligencia humana, respectivamente, es muy importante la consideración de la *politeia* y de la conducta humana en general. En definitiva, la decadencia del régimen de Atenas fue una decadencia de la moralidad pública.

Finalmente, el cuarto capítulo, «The Organization of Power», aplica todo esto a la política exterior ateniense del siglo IV según es juzgada, sobre todo, por Isócrates. Este propone incluso un verdadero programa consistente en introducir en la política exterior los lemas de la *eúnoia* y la *homónoia*, transformando las hegemónicas en verdaderas confederaciones entre iguales. Si en Grecia este programa no tuvo éxito, es claro que los romanos lo utilizaron pragmáticamente, allí donde era útil, con éxito notable.

El libro es muy coherente y, sin descubrir cosas realmente nuevas, desplaza el sentido de la investigación de la teoría política griega. Los griegos no estuvieron interesados tanto por el progreso y el poder —al menos sus teóricos— como por la estabilidad. Y ligaron ésta a la moralidad pública mucho más de lo que estamos acostumbrados a pensar. Todo esto está visto muy exactamente. Claro que esto no es la totalidad de la teoría política griega, pero tampoco lo pretende el título del libro. Se trata, en definitiva, de una explicación *ex eventu* que trata de obtener las causas de las decadencias de estados y regímenes para propugnar otros más estables. Y esto no sólo en el caso de Platón, lo que es obvio, sino también en el de Tucídides e Isócrates.

Importante aportación a la teoría política griega, sobre la que todavía quedan por decir más cosas de lo que parece. Y que, evidentemente, es más conservadora que sus contrapartidas en la praxis.

FRANCISCO R. ADRADOS

IV. HISTORIA Y SOCIEDAD

RILINGER, ROLF.—*Der Einfluss des Wahlleiters bei den römischen Consulwahlen von 366 bis 50 v. Chr.* München, C. H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, 1976, X + 215 pp.

La presente obra es una oportuna ampliación y revisión de la tesis doctoral del autor presentada en 1972. Su contenido está cuidadosamente estructurado: tras una corta introducción, el capítulo segundo estudia con gran profundidad el nombramiento del presidente electoral para las elecciones consulares. En él se examina tanto la figura y la influencia del *interrex* como la del dictador, ambos como presidentes de estas elecciones. Se recoge también el estado de la investigación (la tesis de L. R. Taylors) y el método seguido. En el capítulo tercero se plantean las funciones del presidente electoral, las candidaturas y preparativos electorales. Cuida tanto de profundizar en los términos jurídicos —*rationem habere* y *nomen accipere* como diferentes acciones del presidente electoral— como en aspectos religiosos, los auspicios, de fundamental importancia para llevar a buen término el nombramiento. El cuarto capítulo queda dedicado por entero al resultado electoral, y el quinto —el más extenso— al análisis de la estructura electoral romana bajo consideraciones de la situación social de conjunto. Es aquí donde se analiza detalladamente el posible influjo del presidente electoral en el nombramiento del cónsul, el control de las elecciones por la aristocracia y otros factores. Aún un apéndice sobre los términos jurídicos anteriormente citados y un estudio —a modo de ejemplo— de las elecciones consulares del 206, completan las conclusiones a las que llega nuestro autor.

Veamos a grandes rasgos cuáles son: desde los estudios de Maier y, más exactamente desde que en 1893 Münzer se encargó de la Prosopografía para el Pauly-Wissowa, se viene intentando demostrar que la figura del presidente de las elec-

ciones consulares tuvo un extraordinario influjo en el resultado de la elección. El libro de Rilinger va, por tanto, dirigido a precisar en su justa medida el alcance de esta posible influencia del presidente sobre el resultado de las elecciones consulares. Y, desde un principio, muestra su disconformidad con la tesis propuesta por los prosopógrafos a través de un examen de las elecciones de cónsul en los comicios centuriados y de lo que él llama la «politische Grammatik».

Las magistraturas que podían desempeñar esta presidencia, el *interrex* —sacado en general del grupo de los consulares— y el dictador —elegido normalmente según decisión del Senado por el cónsul que primero había renunciado— demuestra el extraordinario interés que tenía el Senado en dicha figura. Sin embargo, como cosa más frecuente, era el cónsul que primero renunciaba quien ejercía esta función. Rilinger cree que, pese a todo, el modo de actuar en el nombramiento muestra tendencia a imponer puntos de vista neutrales.

Es preciso advertir, como lo hace nuestro autor, la fecha del 366, por ser el año en que los cónsules plebeyos pudieron jurídicamente desempeñar sus funciones y también reclamar su derecho a la presidencia de las elecciones. El estudio sobre esta figura estuvo siempre —y así ha sabido expresarlo Rilinger— ligado a los acontecimientos históricos: cuando con la II Guerra Púnica los escenarios de la guerra se alejaron más de Roma, fue el cónsul que tenía su centro de acción más cerca de la gran *Urbs* quien ejercía la presidencia de las elecciones consulares. Tras Sila, habiendo los cónsules de permanecer en Roma el año entero de su mandato, fue el *prior factus* quien las presidía. En definitiva, no se puede atender a un criterio único: el modo elegido para su nombramiento debe ser examinado bajo un aspecto diacrónico.

En cuanto a la influencia del presidente electoral consular, el estudio de Rilinger demuestra que ésta no fue decisiva. Sin embargo, en el valioso estudio del *interrex* como presidente de estas elecciones, se deduce que hubo una cierta influencia no tanto personal o atribuible a medios técnicos como al propio procedimiento de la votación, que concedía una enorme importancia al factor religioso, en manos precisamente del *interrex*. No ocurre así con el cónsul o con el *magister equitum* (cuya presencia en la presidencia de elecciones consulares obedece únicamente a situaciones militares de excepción) como presidentes electorales.

Por tanto, del riguroso examen realizado por Rilinger —siempre a través de un exhaustivo manejo de las fuentes y la bibliografía— de las posibles influencias del presidente en las elecciones consulares, solo pueden señalarse algunas en la determinación de la fecha de la elección o en los auspicios de la *contio* que abría dichas elecciones. No descarta el autor, sin embargo, una primitiva influencia del presidente, que con el transcurso del tiempo fue recortándose. Por ello llega Rilinger a distinguir tres tipos fundamentales de derechos: en primer lugar, cualquier arbitrariedad cometida por el presidente era imposible, por la existencia de unas normas indispensables para el correcto transcurso de la elección. Con el tiempo vinieron unos derechos institucionalizados que posibilitaban al presidente una cierta influencia, pero que dependía de su postura personal, su actitud hacia los candidatos, de la situación del Estado, etc., y que por tanto nunca pudo ser igual en todos ellos. Finalmente siguieron otros derechos que resultaban de proporciones de fuerza en una situación de crisis —en el caso de una amenaza exterior como la II Guerra Púnica—, que nunca habrían sido imaginables en una situación normal.

La obra de Rilinger es, pues, fundamental no sólo para el conocimiento del tema que trata con maestría, sino en general para cualquier estudio sobre el consulado o para un aspecto tan importante del Derecho Público romano como es la norma electoral.

SANTIAGO MONTERO HERRERO

Studi di Storia Antica offerti dagli allievi a Eugenio Manni. Roma, Giorgio Bretschneider, 1976, 306 pp.

Como su propio título indica, los numerosos artículos reunidos en este volumen, pese a la diversidad de su temática, tienen una cierta unidad, una homogeneidad que les viene dada por unas técnicas de escuela. E. Manni (al menos en lo que permiten adivinar los textos aquí reunidos) ha sabido marcar a sus alumnos y seguidores con un espíritu crítico férreo, con una meticulosidad analítica de primer orden, que da frutos de supremo rigor. La contrapartida, por desgracia, es una lógica falta de imaginación, de creatividad y de espíritu de síntesis, y que, en su mayoría, los artículos aquí reunidos se dediquen a temas de horizontes muy limitados.

Pese a ello, merece la pena hacer una relación de las principales conclusiones a que llega cada autor en su propio estudio. P. Anello fija la duración de la segunda *tribunicia potestas* de Trajano del 10 de diciembre del año 97 al 9 de diciembre del 98. L. Bivona estudia una inscripción de Termini Imerese en la que aparecen citados unos personajes de la zona ya conocidos por otros datos, y cuyo *cursus* municipal queda aclarado. A. Brugnone intenta un acercamiento epigráfico y lingüístico a cinco *deixiones* griegas de la zona de Selinunte, fechables entre la segunda mitad del siglo VI y la primera mitad del siglo V a. C. G. B. Sunseri analiza las distintas fuentes escritas que se conocen sobre el historiador griego Timágenes, y concluye que, dada la escasez de datos, no se puede afirmar que su actitud fuese anti-romana. M. J. Fontana traza la biografía política de Alcibiades antes de la expedición a Sicilia, resaltando su actitud imperialista y las deformaciones a que queda sometida su figura en los textos de Tucídides, Plutarco y otros historiadores. M. Giuffrida, al estudiar las relaciones entre Minos y los carios a través de Heródoto y Tucídides, concluye que en el siglo V a. C. era opinión común que los carios precedieron en las Cícladas a la talasocracia minoica, y que, según se deduce de Tucídides, estas gentes eran piratas, y Minos trajo la paz a las islas del Egeo. M. Jannelli analiza el aspecto jurídico de las relaciones entre Alejandro Magno y la isla de Quíos, según una estela conservada en el Museo de Quíos. V. la Bua estudia las distintas versiones que dan las fuentes del final del reinado de Creso, observando los influjos ideológicos que pudieron provocar su diversidad, y concluye que Creso fue muerto por Ciro. M. Leone realiza un análisis lingüístico y jurídico muy preciso de los textos que aluden al flaminato de Julio César, explicando sus aparentes diferencias y dando una visión completa de lo acontecimientos. M. T. Manni Piraino publica unas fragmentarias inscripciones griegas de Marsala (siglo III a. C.-II d. C.). R. Marino fecha la obtención de la primera *tribunicia potestas* por Cómodo el 23 de diciembre del 176, y la de la segunda, a fines de enero del 177. G. Martorana estudia las

distintas etimologías e interpretaciones dadas por los antiguos a las *Lupercalia*, y apunta la relación entre los *Luperci* y Juno. F. P. Rizzo acomete un análisis de los textos de Diodoro que tratan de la primera revuelta de los esclavos en Sicilia, y su relación con Posidonio; y, finalmente, M. Savagnone afirma que, más que dependencia de Salustio con respecto a Posidonio en la *Guerra de Yugurta*, lo que hay es una comunidad de actitudes, debida a la mentalidad del momento.

De todo esto se deduce, fácilmente, una clara especialización de los discípulos de E. Manni en unos aspectos concretos de la Historia Antigua, y una preocupación constante (exclusiva casi) por el estudio textual de las fuentes históricas, en el que se alcanza una evidente maestría. Sin embargo, y excepto quizá en el caso del artículo de G. Martorana sobre las *Lupercalia*, nos hallamos ante análisis de fuentes que no incluyen conocimiento de otros campos del mundo antiguo, y que, en consecuencia, sólo son excelentes herramientas para posteriores tratadistas.

M. A. ELVIRA

MATTHEWS, J.—*Western Aristocracies and Imperial Court. A. D. 364-425*. Oxford, Clarendon Press, 1975, 427 pp.

Según bien indica el título, el libro de Matthews es un excelente estudio de la aristocracia de la parte occidental del Imperio Romano y de la corte imperial entre los años 364 y 425. El autor demuestra un conocimiento exhaustivo de la prosopografía, de las fuentes literarias, que maneja continuamente a pie de página, y de la numerosa bibliografía. Alguna bibliografía española, no citada por el autor, hubiera confirmado los puntos de vista del Prof. Matthews, como el trabajo de A. Balil, «Aspectos sociales del Bajo Imperio», *Latomus* 24, 1965; el de A. Barbero y M. Vigil, donde se estudia todo el problema de los bagaudas: «Sobre los orígenes sociales de la reconquista: cántabros y vascones desde finales del Imperio romano hasta la invasión musulmana», *BRAB* 156, 1965; o el estudio de A. Barbero, «¿El priscilianismo: herejía o movimiento social?», *CHE* 37-38, 1963, sobre el carácter social del movimiento priscilianista, tesis que, después del reciente trabajo de Molè, «Uno storico del V secolo: il vescovo Idazio», *SG* 28, 1975, no se puede defender. El tema se examina en 15 capítulos. Acierto grande del autor es el centrar alrededor de un personaje clave las diferentes etapas más importantes del período que analiza, como Símmaco, como representante de la clase senatorial, Valentiniano I y la corte imperial, Ausonio, Teodosio, Estilicón, Alarico, Máximo, etc. Como no podía ser menos, y dadas las relaciones que algunos personajes tuvieron con Oriente, el capítulo V se dedica a Constantinopla, estudiándose el cristianismo en la corte. El VIII se consagra a lo mismo, pero tomando como punto de referencia a Milán, en torno a tres figuras claves, san Ambrosio, el litigio entre san Ambrosio y Símmaco y san Agustín. El trabajo de Matthews no es un descarnado estudio prosopográfico, como cabría esperar del título, sino que toda la historia política, social, militar y religiosa se analiza a través de sus actores; incluso se utilizan los monumentos para captar el espíritu de una época. A pesar de la gran cantidad de datos que maneja el autor, la lectura no es amazotada. A ello contribuye en gran manera el que haga semblanzas de los

personajes principales, como Símmaco, Postumio Lampadio, Valentiniano I, Ausonio, Paulino, etc. Está bien señalada la actividad e importancia del elemento hispano, en las postrimerías del siglo IV, con la familia de Teodosio, con el usurpador Magno Máximo y con otros varios personajes que desfilan por las páginas, que intervinieron activamente en la corte de Constantinopla y que, como Matthews afirma, fueron el soporte hispano de Teodosio, siendo Materno Cinegio la figura principal de este grupo.

El autor concede especial importancia, como no podía ser menos, al análisis de los problemas religiosos al referirse a Constantinopla, al abordar todo lo referente a las herejías, principalmente en el capítulo VI, al tratar el choque entre Ambrosio y Símmaco por el asunto del Altar de la Victoria, al examinar el movimiento priscilianista, la pervivencia de la religión indígena gala; o al mantenimiento de la tradición romana, con lo que la pintura de la época queda perfecta. No creemos, sin embargo, que Prisciliano fuera hereje, como parece admitir Matthews. Los cánones de los concilios de Caesaraugusta y I de Toledo tratan sólo de problemas disciplinares, no dogmáticos. A Prisciliano siguió, prácticamente, todo el episcopado galaico, y el obispo de Córdoba, que fue el primero que le denunció, defendió después siempre su causa. Hay que aceptar que Prisciliano era sincero en sus escritos. Chocaron en el movimiento priscilianista dos concepciones eclesiásticas opuestas, una jerárquica y otra ascética, en la que el elemento laico y la mujer desempeñaban un papel importante. Esta última corriente escapaba en gran parte al control de la primera.

El libro de Matthews será un punto obligado de partida para todos los historiadores que traten la historia del Imperio Romano entre los años 364-425, e incluso para los que examinen la parte oriental.

J. M.^a BLÁZQUEZ

V. RESEÑAS BREVES

PISI, GIORDANA.—*Fedro traduttore di Esopo*. Firenze, La Nuova Italia, 1977, 92 pp.

La autora toma ocho fábulas de la Augustana y sus correspondientes de Fedro y hace ver las variaciones de tipo estilístico y de redacción que el autor latino introduce. Al variar el relieve que se da a los animales y juzgar su acción bajo perspectivas distintas, moralistas, las fábulas, siendo las mismas, adquieren matices nuevos.

La investigación está bien llevada y sólo la vicia, aparte de limitarse a un número de fábulas extremadamente corto, el hecho de que la autora no parece tener conocimiento de las verdaderas relaciones entre las colecciones. Fedro no deriva de la Augustana, sino de un antepasado griego de la misma; en ocasiones, las notables diferencias entre Fedro y la Augustana hay que atribuírselas a ese antepasado (así en *Cervus ad fontem*). Son, pues, demasiado simplistas los puntos de partida de la investigación, por lo demás interesante.

FRANCISCO R. ADRADOS

BOLLACK, JEAN; JUDET DE LA COMBE, PIERRE Y WISMANN, HEINZ.—*La réplique de Jocaste*. En *Cahiers de Philologie* 2, Lille 1977, 104 pp. y un *Supplément* de 18.

Remito a esta misma revista, 46, 1978, p. 274 ss., para una apreciación de esta publicación en lo que tiene de edición del nuevo Papiro de Lille atribuido a Estesícoro. Mejora la publicación original de Meillier, a la que añade suplementos del propio Meillier, al ofrecer una edición más completa y, sobre todo, una traducción e interpretación muy perfiladas.

Tenemos ahora ante nosotros todos los antecedentes para juzgar la versión estesicórea —pues sólo de Estesícoro puede proceder— del mito de Etéocles, Polinices y Yocasta. Pienso que el detalle de esta interpretación es superior al de Meillier (cuya publicación, de todas formas, era ya muy valiosa) en puntos como el del destierro de Polinices: sólo habría uno, el posterior a la disputa con Etéocles.

Los autores no hacen hipótesis sobre la obra a que pertenecía el papiro, que personalmente he atribuido a la *Eriphila*.

FRANCISCO R. ADRADOS

RUIJGH, C. J.—*Chars et roues dans les tablettes mycéniennes: la méthode de la mycénologie*. Amsterdam, North-Holland Publ. Company, 1976, 32 pp.

Este estudio se centra en explicar el método micenológico, que utiliza simultáneamente datos lingüísticos y arqueológicos. Además, hace algunas aportaciones a propósito de KN So 4440 y Sd 4401 pero, sobre todo, a propósito del ideograma ROTA + TE y el ROTA. Es sabido que se transcriben, respectivamente, *te-mi-dwe* (τεμμιδεως) y *o-da-twe* (οδατδεως); pues bien, según Ruijgh la rueda del primer tipo lleva los radios sujetos con una especie de piezas laterales de apoyo, mientras que la segunda lleva radios incrustados en la rueda. Datos arqueológicos y el mismo dibujo de los ideogramas parecen confirmar esto.

FRANCISCO R. ADRADOS